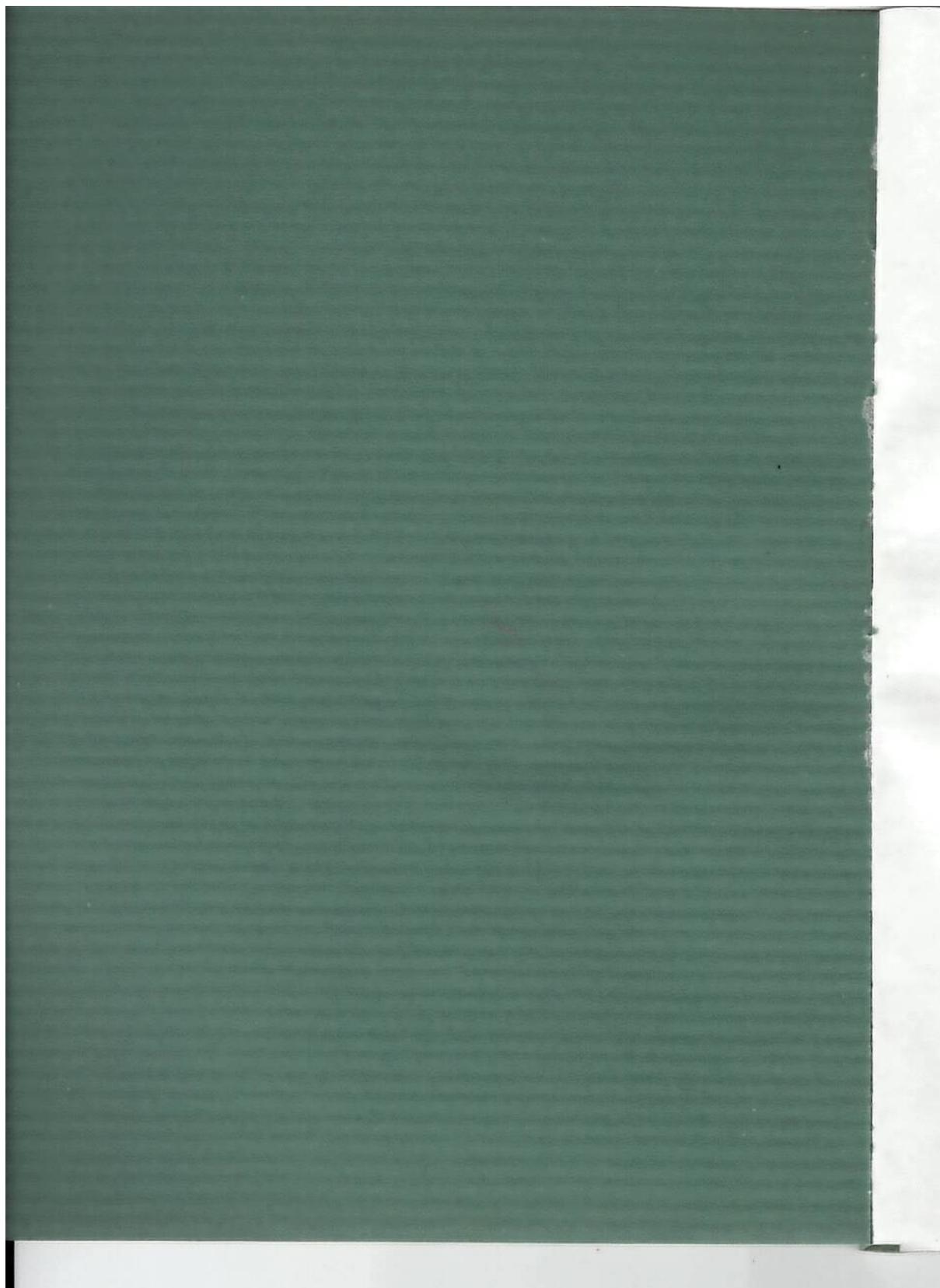


1

**MUNDOS
REALES E
IMAGINARIOS
DEL CHOCÓ**

Víctor Zuluaga Gómez



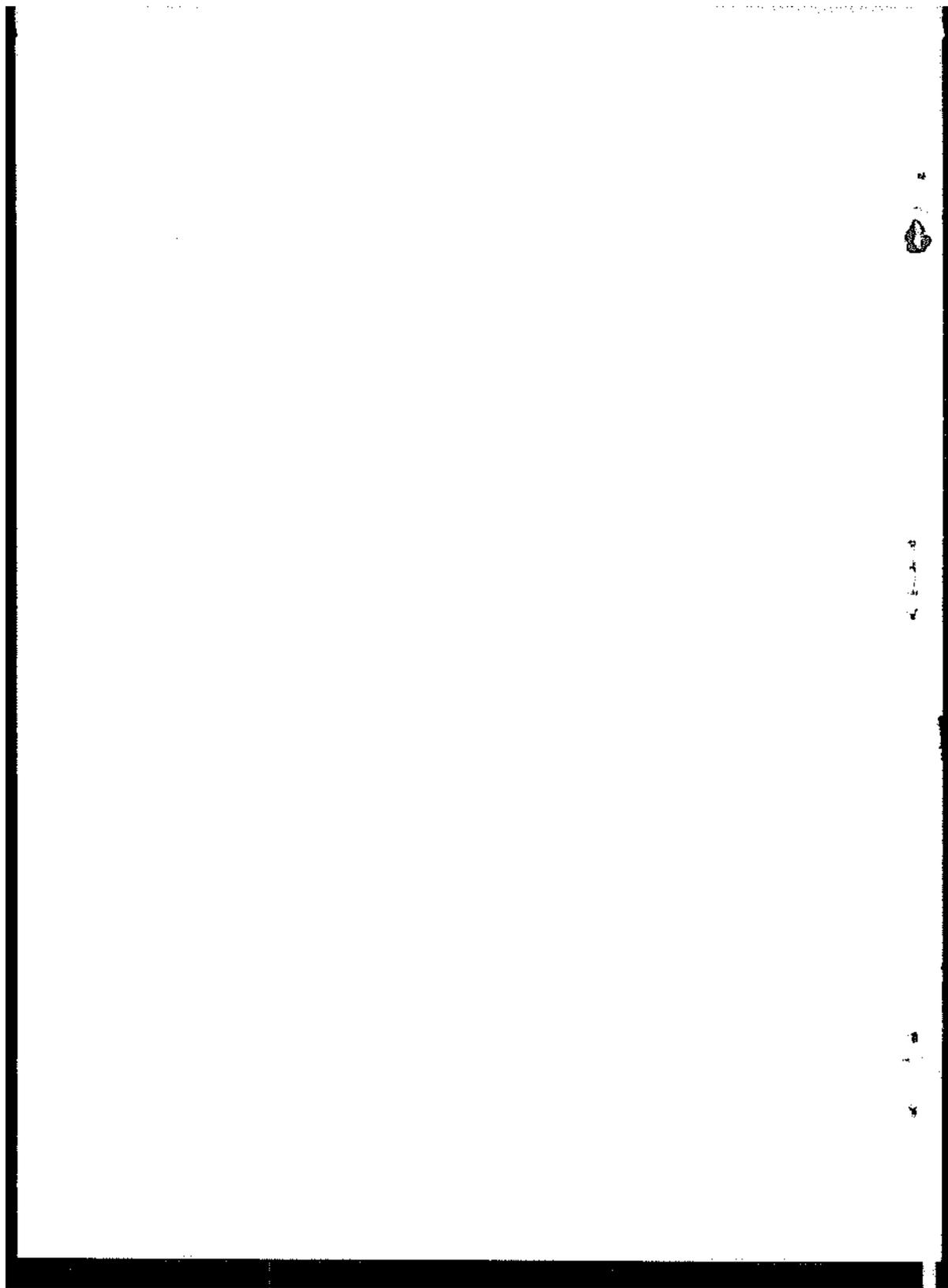
VÍCTOR ZULUAGA GÓMEZ

MUNDOS REALES E IMAGINARIOS
DEL CHOCÓ

© Víctor Zuluaga Gómez
Diagramación e impresión
Ediciones Oriana Ltda.
Calle 21 No. 10-09
Tel. 251125
Pereira.

Víctor Zuluaga Gómez
Profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira.

MUNDOS REALES E IMAGINARIOS DEL
CHOCÓ



AGRADECIMIENTOS

A la comunidad indígena del Chamí, que en todo momento me ha brindado su confianza, así como a la población afrocolombiana de Condoto, Opogodó, Santa Cecilia y Andagoya, que me ha permitido enriquecer la visión sobre los mundos reales y posibles que circulan por sus imaginarios colectivos.

A la antropóloga Olga Lucía Bedoya, quien leyó los borradores y me hizo valiosas sugerencias.

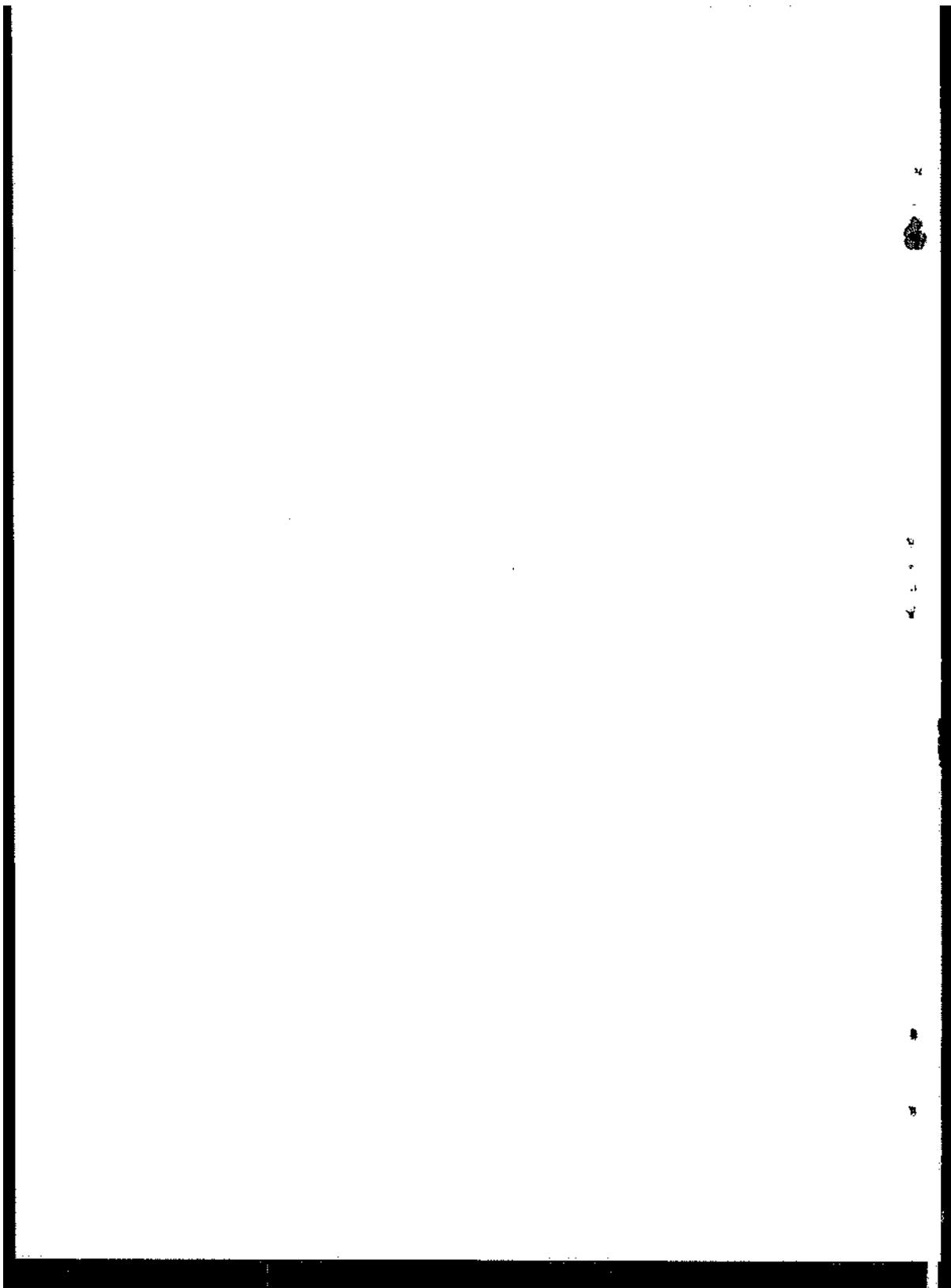


TABLA DE CONTENIDO

El demonio de Kundumí	10
Cómo dormirse sin querer	14
La ignorancia es atrevida	18
A barrer se dijo	22
Como abuelita preguntona	26
El jaibaná que escupía fuego	31
A falta de vajilla buena es “vasinilla”	36
El caballo del Alto Baudó	40
Un alemán negro	44
Primiparadas de estudiantes	47
El Santo Eccehomo y los chinches	54
Una cabuya para amarrar la Constitución	58
Ahhhh, usted es “Vítor”	61
El muerto con los dedos amarrados	65
Un Gobernador de Gobernadores	67
Tan inteligentes los “memes”	74
Mami, ¿Y esto cómo se prende?	77

Le conseguimos novia	80
La Unit Fruit Company en Santa Cecilia	84
Veneno que no mata engorda	88
Las borracheras con "biche"	92
Un regreso accidentado	99
Una gran lección fuera del aula	105

PRÓLOGO

Después de más de 20 años de estar en contacto permanente con la comunidad indígena del Chamí y de haber realizado algunas investigaciones sobre la población afrocolombiana del Chocó, son muchas las experiencias agradables vividas, así como también penosas situaciones, producto muchas veces de la inexperiencia.

Es lógico pensar que después de haber transcurrido cierto tiempo, uno pueda traer a la memoria aquellos momentos difíciles, tomando cierta distancia ante ellos, y mirarlos con cierto humor. Este ejercicio es posible en la medida que, haciendo un balance general, se llega a la conclusión que cada experiencia agradable o amarga, ha constituido un punto de partida para múltiples reflexiones acerca de la cultura del indígena y del negro.

Ocurre generalmente que al llegar por primera vez al Chocó, todo parece "extraño", "exótico", pues se mira al paisaje y a sus moradores como realidades "inconclusas", o en un proceso de transformación, que adquiere pleno valor en tanto se ajustan a nuestro medio o se comportan, valoran y piensan como "nosotros". Eso fue precisamente lo que me ocurrió, pues tenía una formación de historiador y relativamente ninguna en el campo de la Antropología. Sin embargo, después de los primeros contactos que tuve con la comunidad indígena del Chamí, no sólo me movía el interés académico por comprender su mundo, sino también el deseo de aportar algunos elementos que le permitieran a la comunidad comprender la razón de ser de un presente lleno de privaciones; y de valorar en su plena dimensión los valores de su cultura ancestral.

En la medida que la figura del "investigador", del "blanco", iba desapareciendo para emerger la del "amigo", fue posible una mayor proximidad con el mundo simbólico del negro o del indígena y la comunicación se hacía más "natural" o "transparente". Recuerdo por ejemplo que en alguna ocasión el Cacique Mario Restrepo me decía: "Yo a usted le cuento las historias de los antiguos, pero a otro le cuento cuentos de "paisas". Aprendí con el tiempo también que el indígena habla dos "idiomas": una es la manera de expresarse frente al funcionario público y otra diferente con las personas "que están de acuerdo con la comunidad"; es decir, con los amigos. La experiencia dolorosa que la comunidad ha tenido a lo largo de los siglos con el español, con los colonos antioqueños y caucanos y con algunos políticos e investigadores, les ha impulsado a desarrollar mecanismos de defensa que se pueden evidenciar de muchas maneras, entre otras, la de callar cuando son interrogados, o dar información falsa.

Algunas de las anécdotas aquí presentadas, han significado verdaderas lecciones para mí, y otras, verdaderos desafíos que me obligaban a recurrir a una u otra teoría, a comparar con otras experiencias similares en otras comunidades, y en fin, a ir tejiendo poco a poco un mapa conceptual sobre la cultura del negro o del indígena. Ese ha sido, he dicho en muchas ocasiones, no tanto un proyecto académico sino un proyecto de vida. Cada nuevo contacto, cada nueva situación vivida, son verdaderos libros que se abren para comprender ese mundo que deja de ser "exótico" para adquirir unos significados inimaginables al principio. Hoy en día, ir al Chocó, significa para mí, la posibilidad de "oír" de manera diferente los cantos de los pájaros, de

comprender los temores del indígena ante una corriente de agua, de percibir los temores del negro ante la crecida de los ríos, de entender el apego del aborigen a la tierra; y en fin, de captar la unidad entre la tierra, el hombre, los animales y las plantas. Llegar a pueblos chocoanos como Condoto, Andagoya, Istmina o Nóvita, significa hoy, poder entender porqué sus calles no tienen el trazado clásico de la tradición europea, sino las líneas ondulantes que les marca el recorrido de sus ríos, más acorde con la plasticidad que acompaña a sus cuerpos en sus danzas.

Pensé inicialmente presentar las anécdotas con cierto orden cronológico o temático, pero desistí de la idea en la medida que dichas experiencias no fueron el producto de actividades planeadas o de registros sistemáticos. Cuando se está dispuesto a aprender por medio de la observación o de la interrogación, en el momento más inesperado se tropieza con la más valiosa información. De esa manera, la información se convierte en pieza de un rompecabezas que se va armando lentamente hasta conformar un cuadro, siempre susceptible de retocar, de modificar; proceso en el cual, muchas piezas van quedando a la espera de encontrar el sitio adecuado. En una ocasión, por ejemplo, cuando me encontraba en Condoto, llegó un hombre adulto a preguntar sobre la posibilidad de que alguno de los profesores de la Universidad que allí nos encontrábamos, lo pudiera asesorar en una tarea que debía presentar, pues estaba haciendo un curso de validación del bachillerato. Era la hora de la siesta y mis compañeros prefirieron "encartarme" con la asesoría, así que sin mucho ánimo me dispuse a darle una orientación. Después de haberle dado algunas indicaciones sobre su tarea, se me ocurrió hacerle algunas preguntas sobre la actividad minera

artesanal y resultó ser una verdadera "biblia" sobre el tema. Al final quedé con la sensación de que la asesoría me la había brindado él a mí. Al Chocó se debe llegar entonces con la disposición de "ver" y de "interrogar" y muy poco a "pontificar".

EL DEMONIO DE KUNDUMI

Sali de Pereira rumbo al resguardo indígena del Chamí con el objetivo de realizar un taller sobre Ordenamiento Territorial, pero dirigido específicamente a la comunidad asentada en las veredas de Kundumí¹, Puerto Leticia y San Juan.

Kundumí está ubicado en la región Occidental del resguardo y en la margen Izquierda del río San Juan, relativamente cerca del Corregimiento de Santa Cecilia. Para llegar hasta allí, es necesario ir hasta Itaurí², caserío que se encuentra antes de llegar al puente de La Unión. Allí se abandona la comodidad del transporte vehicular para tomar un camino que inicialmente desciende hasta el río Tatamá y luego se empina hasta llegar a Kundumí. Viajaba en compañía de otro profesional que iba a orientar un taller sobre Constitución y también de la funcionaria del Centro Experimental Piloto encargada de la capacitación de indígenas.

En esta ocasión principiamos a ascender aproximadamente a las tres de la tarde, de manera que a las cinco estábamos llegando a Kundumí.

A pesar de conocer el camino y estar libre de cualquier equipaje, pues tanto el mercado como las maletas las llevaban en mulas, la jornada no deja de ser agotadora

¹ Kundumí significa en lengua chamí, comadreja, según el Padre Pinto.

² Espina alta.

por lo pendiente del camino y el calor mezclado con humedad que se respira por esa región.

Siempre se llega con la ilusión de poder dormir tranquilamente para recuperar la fuerzas. Por fortuna las Monjas de la Madre Laura que viven en Kundumí, nos acogieron muy amablemente y pusieron a nuestra disposición dos cuartos comunicados entre sí, dotados con camas y un baño, además de la comida exquisita que nos preparaban. Creo que todo ello alivia en gran medida las privaciones a las cuales uno se somete cuando realiza este tipo de trabajo con la comunidad. El otro aspecto que también es estimulante es la gran acogida de la comunidad y el interés que muestran durante la realización de talleres o reuniones.

Decía que la ilusión de conciliar el sueño para descansar de la agotadora jornada que representa el viaje por una carretera destapada y luego la larga caminata, lo hace a uno sacar fuerzas para llegar hasta la parte alta de la cordillera. Sin embargo, esa noche se iría a convertir en una verdadera pesadilla.

Después de haber comido, nos quedamos un rato conversando con las monjas, de manera que aproximadamente a las nueve de la noche nos dirigimos al cuarto, prendimos las respectivas velas y nos dispusimos a acostarnos. La cama de la funcionaria del CEP tenía una longitud normal, pero las que nos correspondían, tanto a mi compañero como a mí, eran muy cortas, de manera que debíamos dormir con los pies encogidos, cosa que al principio no es problema, pero luego principia a ser muy incómodo. Yo ya había hecho el "curso" en varias ocasiones, de manera que me había acostumbrado a alternar la posición de las piernas:

a veces las encogía y cuando me cansaba las estiraba y quedaban los pies en el aire. Entre encoger y estirar llegaba el cansancio y me dormía profundamente hasta el otro día.

Mi compañero, que no había tenido estas experiencias previas, principió a hacer comentarios sobre los zancudos, las cucarachas, los sapos y todos los ruidos del zoológico que se encuentra por la región. Cada comentario iba acompañado de risas, que la funcionaria del CEP complementaba y remataba también con unos jji, jji!, jji!. Comentario va y comentario viene, risa va y risa viene, de manera que pasaban las horas y yo no podía conciliar el sueño. Tal era la algarabía, que las monjas, a pesar de dormir en otros cuartos relativamente distantes, podían escucharla y comentarían al otro día que estaban asombradas de ver la capacidad de resistencia de nosotros, pues a pesar del cansancio del viaje, teníamos fuerzas para continuar charlando y riendo hasta esas horas de la noche.

Si las monjas escuchaban las risas, con mayor razón, yo, que estaba al tan cerca de ellos. A pesar del cansancio que yo tenía y el adiestramiento que había adquirido para dormir en camas cortas, no podía conciliar el sueño por el ruido.

Aproximadamente a la una de la mañana, mis compañeros se silenciaron y entonces pensé que había llegado el momento tan anhelado de descansar, pero...para sorpresa mía, lo que se inició fué una etapa peor: la de los ronquidos de mi compañero de cuarto.

Yo había conocido ronquidos silbadores, atragantadores, al estilo de motos sin silenciador; pero en este caso fué

imposible clasificarlo y creo que lo único con lo cual se puede comparar es con el rugido de un león. Entre desconcertado y atemorizado le encomendé mi alma a Dios y al fin pude conciliar el sueño, así, como podría decirse, entre rayos y centellas.

No sé exactamente a qué horas, sentí que la funcionaria del CEP, que también se había dormido encomendándose a sus santos de devoción, dió un brinco sobre su cama y se despertó y gritó: "¡Ay... Dios mío!". La había despertado un rugido de nuestro compañero-león.

Al otro día, y para completar, nuestro consabido colega se levantó a las seis de la mañana, fresco como una lechuga, se dirigió al baño y principió a echarse agua a "baldados", de manera que interrumpió nuestro sueño en el momento menos indicado.

Los comentarios a la hora del almuerzo, obligadamente fueron sobre lo sucedido durante la noche y las primeras horas del día. Como yo había publicado un libro titulado Dioses Demonios y Brujos del Chamí, le dije a nuestro roncadador que la segunda edición del libro iría a tener otro título: Dioses, Brujos y el Demonio de Kundumi, porque definitivamente con sus ronquidos había espantado todos los espíritus que habitaban en la zona.

Con un aire de resignación y hasta de cierta complacencia me respondió: "Ya era hora de que alguien inmortalizara mis ronquidos".

CÓMO DORMIRSE SIN QUERER

La primera experiencia que viví en la zona indígena del chamí (en el año de 1976) no podría ser calificada precisamente como gratificante. Había llegado hacía dos años a Pereira y no tenía ningún conocimiento acerca de la existencia de una comunidad indígena en el Departamento. Cuando alguien mencionó el nombre de San Antonio del Chamí. despertó en mí una gran curiosidad y deseo por conocer el pueblo y la comunidad que habita a sus alrededores. Nunca pensé que iría con el tiempo a ser un nombre tan familiar para mí y que iría a constituir con el tiempo un importante motivo de mi proyecto académico en la Universidad.

Fue una estudiante de la Facultad de Educación quien se encargó de motivar a un grupo de profesores de dicha facultad para que organizáramos un trabajo de campo con los estudiantes de Ciencias Sociales. María Mercedes Molina, la organizadora, había tenido contactos con la comunidad indígena, ya que laboraba en alguna entidad relacionada con salud y además tenía un hermano que era sacerdote y había estado en Purembará, donde funcionaba una parroquia. Era pues María Mercedes conocedora de la región y de la problemática indígena, así que yo me animé a participar en el viaje y logramos conformar un grupo de 30

estudiantes y cuatro profesores de la Facultad, para realizar la visita a la zona indígena y específicamente a Purembará.³

El día antes de la partida se conformaron algunos grupos con el objetivo de hacer el mercado y determinar qué implementos de cocina se llevaban, pues era claro que en Purembará no había forma de conseguir comida. Con el grupo de estudiantes que a mí me correspondió, decidimos que íbamos a llevar fríjoles y harina para hacer arepas. Como buenos primiparos, no contábamos con el calvario que nos esperaba con el transporte de la comida, que la distribuimos en nuestros respectivos morrales. Yo llevaba adicionalmente una pequeña colchoneta de espuma y una cantimplora llena de soda con limón.

La salida se Pereira se programó a las 12 de la noche, de manera que nadie había dormido, esperando con ansiedad el momento de la partida. Sin ninguna novedad iniciamos a la hora prevista el recorrido, pasamos por Belén de Umbría y llegamos aproximadamente a las cuatro de la mañana a San Antonio del Chamí. En este sitio se contrataron unos camperos y llegamos a las cinco de la mañana al sitio de Río-Chamí, exactamente en donde desemboca el río Chamí al San Juan. En este punto existe un puente para cruzar el San Juan y la carretera sigue bordeándolo por la margen derecha hasta el punto en donde se inicia el camino de herradura para llegar a Purembará.

Cuando llegamos al sitio en donde se debe cruzar el río, nos encontramos con un pequeño inconveniente: el

³ Pueblo de indios.

puente de concreto sobre el San Juan, había sido arrasado por el Río. A partir de ese momento teníamos que ir caminando. Esto no significó aparentemente ningún problema, pues todo el grupo venía ansioso por principiar a caminar, convencido de que la distancia era relativamente corta.

Antes de colocarnos nuestros respectivos morrales al hombro y reemprender el viaje, realizamos lo que podría catalogarse como un "ensayo" en lo referente a la comida; esto es, sacamos chocolateras y ollas para hacer el desayuno. Todo salió bien, mucha risa, bromas y todo indicaba que era un "paseo".

Pasamos el río San Juan por un puente improvisado de madera y comenzamos la jornada caminando por la carretera, en fila india. Yo era de los que iba adelante, feliz con mi cantimplora porque tan pronto salió el Sol principió a hacer ese calor sofocante típico de la geografía chocoana. El asunto es que no había caminado dos kilómetros y la limonada de la cantimplora se agotó. Quedaba la posibilidad de encontrar una tienda, pero pasaban las horas y no encontrábamos un sitio en donde pudieran vender cualquier clase de líquido. Total, en el primer chorro de agua que ví, me arrodillé y principié a beber agua sin importarme si era potable o no.

Aproximadamente a medio día empezamos a subir por el camino de herradura rumbo a Purembará, y lo que antes había sido una ordenada fila india principió a convertirse en una verdadera camándula: pequeños grupos cada vez más distanciados entre sí. El calvario se había iniciado, ya que algunos estudiantes tomaban el camino equivocado y entonces era necesario enviar a otros compañeros a buscarlos.

Yo no resistí el paso del grupo que iba adelante, de manera que me rezagué considerablemente y faltando aproximadamente un cuarto de hora para llegar a Purembará, me encontré completamente solo y agotado. Aproveché entonces para sentarme a la orilla del camino, sobre un pequeño barranco, y descansar. Iba a completar 24 horas sin dormir, y doce horas caminando, de manera que sin querer, me quedé profundamente dormido.

Al despertarme, encontré frente a mí un indígena joven que me miraba con curiosidad y entonces le pregunté:

-¿Hace mucho rato me dormí?

- "Sí, sí", fué su respuesta.

Me ayudó entonces a cargar el morral y continuamos el viaje, para llegar finalmente a Purembará a las seis de la tarde. Para sorpresa mía, aún faltaban algunos estudiantes por llegar.

A las siete de la noche llegaron los últimos estudiantes y procedimos a organizar la dormida. En Purembará no existía ningún sitio adecuado para albergar a todo el grupo, de manera la mayoría tuvimos que dormir en el corredor de una amplia casona de madera en donde funcionaba el internado. El corredor, con un piso de tablas de madera, semejaba más unas escalas, por los desniveles, que un piso. Naturalmente y hasta la media noche se oía a los estudiantes renegar hasta más no poder. Yo por mi parte hacía lo mismo e incluso juré que en mi vida volvería a repetir esa experiencia.

LA IGNORANCIA ES ATREVIDA

Después de haber permanecido por tres días en Purembará en el año de 1976 con el grupo de estudiantes de la Universidad y con los cuatro profesores, muy poco es lo que se puede conocer de la cultura de una comunidad. Sin embargo, esas pocas cosas fueron lo suficientemente importantes como para que despertara en mí unos interrogantes que solo en muchos años principiaría a despejar.

En dicha estadía tuvimos la oportunidad de conocer al Gobernador indígena del Chamí, Clemente Nengarabe, un anciano respetable que ejercía además el oficio de Jaibaná, es decir, especie de shamán o sacerdote entre ellos. Solo mucho después me enteraría de que el apellido Nengarabe tiene una estrecha relación con la mitología chamí, ya que su dios creador es Karaví, del cual se deriva el apellido en cuestión, que originalmente era Mekaraví, o sea, "hijo de Karaví". En esa medida, dicho apellido tiene un origen sacro y permite explicar por qué muchos de sus sucesivos gobernadores tuvieron el mismo apellido, bien por la parte paterna o materna.

Clemente nos contó por ejemplo en qué consistía la ceremonia para la curación de mordeduras de serpientes venenosas, cosa que a mí particularmente me impresionó bastante.

Por aquellas época no existía ningún Puesto de Salud y solamente de vez en cuando llegaba una "Brigada de Salud". Esta situación determinaba el que los Jaibabás tuvieran mucha actividad, pero al mismo tiempo les estaba prohibido, tanto por la Misión Religiosa como por la Inspección de Policía de San Antonio del Chamí, la práctica jaibanística. El oficio de curación lo debían realizar en forma clandestina.

El regreso a Pereira lo realizamos no por San Antonio del Chamí, sino por Santa Cecilia. Debíamos caminar aproximadamente ocho horas por un camino en muy mal estado y al final con una bajada tan pendiente que rodábamos como en un tobogán.

En ese trayecto de regreso resolví quedarme en la retaguardia, es decir, con el último grupo de estudiantes que se encontraban demasiado rezagados. Más o menos en la mitad del camino alcanzamos a divisar una culebra lo suficientemente grande como para sentir pánico de inmediato. Yo le propuse al grupo que nos detuviéramos y esperáramos hasta cuando la culebra desapareciera, pero una estudiante se llenó de nervios y prefirió salirse del camino y tratar de seguir adelante bordeando dicho camino. Para desgracia nuestra la niña se luxó un tobillo y tuvimos que continuar el camino a paso de tortuga y a ella llevarla apoyada en nuestros hombros, pues no podía poner el pié en el suelo. La culebra se había ido pero nos había dejado tamaño problema. Sin embargo, como por arte de magia apareció un indígena con una mula enjalmada y le rogamos el favor de que permitiera llevar a la estudiante en la mula, a lo cual accedió en vista de la situación que estaba padeciendo

Ya cuando estábamos próximos a llegar al río Agüita, cerca de La Unión (Donde se unen los ríos Tatamá⁴ y Agüita con el San Juan), nos encontramos a otro indígena que llevaba una vara larga de bambú o guaduilla, para pescar. Yo me le acerqué y le pedí que me dejara ver la vara, pues me llamó la atención cómo le había quitado la corteza y la había dejado lisa y brillante. Le pregunté entonces si me la quería vender pero recibí de inmediato una rotunda negativa.

Más adelante lo volví a abordar y nuevamente le dije que me vendiera la vara para pescar, pues yo salía esporádicamente a algunos sitios a pescar, cerca de Pereira. Tanta fué mi insistencia que el indígena aceptó vendérmela en cinco pesos. Cinco pesos en esa época no era mucho dinero, así que a mí me pareció mucha gracia ofrecerle diez pesos por ella. Cuando le hice la oferta, esperaba que el rostro se le iluminara de alegría, pues le estaba ofreciendo el doble del precio que me había dado. No fué así. Al contrario, me respondió sécamente:

- "Diez pesos no vendo. Vendo en cinco"

Esa respuesta me dejó totalmente desconcertado y la primera idea que se me vino a la mente era la de que el indígena era bruto, o bobo, o algo parecido. Sin embargo, por pura intuición le hice una nueva propuesta:

- "Le doy dos cincos".

⁴ Tiene dos significados: Piedra alta o río de sal.

No había terminado de hacerle la propuesta, cuando ya el indígena daba muestras de complacencia por medio de una leve sonrisa que dejaba escapar.

Hicimos la transacción, y al final, yo quedé feliz con la vara y él doblemente contento porque me manifestó que eso le permitía comprar más sal para

llevar a la casa. Quedé sin embargo con el gran interrogante sobre la cuestión de no aceptar el indígena los diez pesos, pero sí los dos cincos, que a la postre era lo mismo.

Solamente después de algún tiempo, al consultar los libros del Padre Constancio Pinto, cura claretiano que vivió en el Chocó por espacio de 25 años, me pude dar cuenta que los indígenas no utilizaban el sistema decimal sino uno con base en cinco. Es decir, para ellos no existían los números superiores a cinco, de manera que era necesario hablar de "dos veces cinco" para expresar la cifra de diez. Ni bruto el indio, ni bobo; simplemente yo era un ignorante sobre el tema.

A BARRER SE DIJO

Nuevamente debía llegar hasta Kundumí para realizar unos talleres con los indígenas, sobre el tema de Ordenamiento Territorial.

En esta ocasión salí en compañía de la funcionaria del Centro Experimental Piloto y de otro docente que iría a trabajar con los maestros indígenas sobre el tema de evaluación.

La compra del mercado en Santa Cecilia para alimentar a los asistentes a los talleres se demoró más de la cuenta, así que iniciamos el ascenso hasta Kundumí aproximadamente a las 5 de la tarde. Yo sabía que así nos esforzáramos mucho, difícilmente podríamos llegar antes de la siete de la noche, sobre todo porque en esta ocasión los indígenas no habían bajado las mulas para el transporte del mercado y eso implicaba que debíamos llevar al hombro nuestras maletas.

Con las maletas a la espalda iniciamos la cuesta con un agravante: el camino estaba lleno de lodo y en algunas partes, liso como jabón. A mitad de camino apareció una mula en la cual se transportaba la carne para la comida de los indígenas y entonces aprovechamos para

desembarazarnos de las maletas, lo cual constituía un gran descanso.

Tan pronto oscureció yo prendí una linterna grande que me había dado la funcionaria del CEP y me ubiqué atrás para ir alumbrando a mi compañero y a dicha funcionaria. Los amagos de caídas fueron muchas, pero la caída "campeona" la protagonizó mi compañero faltando ya algunos minutos para llegar a nuestro destino. Resulta que principió a narrar un cuento en estos términos: "Una vez iban dos amigos caminando y el de atrás le dijo al que iba adelante, "cuidado con el hueco", entonces, éste extendió sus manos hacia atrás para cuidar el "hueco" y resulta que se fué por un hoyo". No había acabado de echar el cuento, cuando el hombre del chiste "metió la pata" en un hueco y alcanzó a lastimarse el tobillo. Por supuesto las carcajadas de la funcionaria del CEP y las mías no le hicieron mucha gracia, pero era muy difícil resistir la tentación.

Llegamos efectivamente a Kundumí a las siete de la noche y las monjas muy amablemente nos prepararon café y nos prestaron tendidos para las camas. Esa noche, dormimos profundamente, pues el cansancio era terrible.

Muy temprano al otro día nos levantamos y yo me dirigí hacia la capilla del lugar, sitio en el cual se iba a llevar a cabo la reunión con los indígenas sobre el Ordenamiento Territorial. Todo iba bien, había mucho interés por parte de la comunidad en conocer las posibilidades que tenían si se aprobaba la creación de la Entidad Territorial Indígena, pero de un momento a otro noté que todas las miradas de los asistentes se dirigían a la entrada de la capilla, de manera que suspendí mi

intervención y le pregunté a uno de los indígenas mayores. qué era lo que pasaba. Entonces él se dirigió a la puerta, y cuando regresó me dijo: "vinieron unos muchachos". Es el nombre que le dan a los guerrilleros que se encuentran por esta región.

De inmediato le dije que saliéramos a descansar un rato y yo también salí de la capilla. Al salir, se me acercó un joven de unos 20 años, con una cinta negra en la cabeza y me dijo:

- "¿Cómo está profesor?"

- "Muy bien", le respondí.

- "¿Qué están haciendo por acá?"

- "Estamos dirigiendo unos talleres sobre Ordenamiento Territorial.

- "Y qué. ¿Todo bien?"

- "Sí señor, todo bien.

- "Me alegro...bueno, hasta luego".

Después de despedirse, siguió hasta la casa de las monjas con otros dos jóvenes que se quedaron a prudente distancia.

Terminada la jornada al medio día, llegué a almorzar y entonces le pregunté a la funcionaria del CEP:

- "¿Vió a los "muchachos?"

- "Cuáles muchachos, profesor?"

- "Pues el de la cinta negra en la cabeza. Eran guerrilleros, le respondí.

La cara de asombro que puso es difícil olvidarla. Se llevó las manos a la cara y me dijo:

- "Ayyyyy, profesor, cuando él se me acercó yo lo confundí con un indígena y le dije que me ayudara a barrer, y él muy formalito, cogió la escoba y barrió".

Ella se resistía a creer lo que había hecho y obviamente yo me mostraba incrédulo al oír su versión. Pero era cierto.

- "Y...se demoraron mucho, profesor?, me preguntó.

No...cuando terminaron de barrer se fueron. fué lo único que se me ocurrió responderle.

COMO ABUELITA PREGUNTONA

Todo indicaba que el viaje por carretera de Pereira al municipio chocoano de Condoto, iba a ser normal. Salí en las horas de la mañana en compañía de dos profesores de la Universidad Tecnológica un día jueves, pues la Facultad de Educación tenía dos programas de Licenciatura en dicho municipio chocoano y yo estaba dirigiendo un curso de investigación durante los fines de semana. Mis compañeros iban a dictar unas clases a otros grupos, dentro del mismo programa.

A la entrada de Pueblo Rico nos encontramos con un retén del ejército que nos sometió a una minuciosa requisa y a un interrogatorio prolongado.

Principiamos a sospechar que el orden público en la región era delicado, cosa que efectivamente constatamos cuando hicimos algunas preguntas a algunos parroquianos que se encontraban en la plaza principal del pueblo.

De hecho no era la primera vez que esta situación se presentaba, pero mis dos compañeros se mostraron muy nerviosos ante la eventualidad de tener un encuentro con algunos guerrilleros. La posibilidad de que esto sucediera era muy grande si se tiene en cuenta que la población chocoana había amenazado con un paro cívico, exigiendo un arreglo de las principales vías

carreteables, además de otras demandas en el campo de la salud y la educación.

Ya en territorio chocoano y concretamente en el caserío de Marmolejo, el compañero que iba conduciendo el vehículo, lo detuvo para tomar algún refresco en un restaurante del lugar. Estábamos descansando cuando uno de los vecinos del lugar llegó y nos entregó unos volantes en donde se explicaban las razones para el paro cívico y se invitaba a una reunión de los pobladores en el sitio de Playa de Oro. Este hecho aumentó el nerviosismo de mis compañeros y también a mí principió a inquietarme, sobre todo al pensar en la posibilidad de que se diera un enfrentamiento entre la guerrilla y el ejército.

Haciendo de tripas corazón logré mantener una aparente calma, mientras avanzábamos hacia Playa de Oro. Ninguno de nosotros comentábamos nada con relación a un posible encuentro con la guerrilla, pero era evidente que compartíamos el mismo temor.

El vehículo avanzaba muy lentamente, pues como lo había anotado uno de mis compañeros, la carretera no tenía huecos sino verdaderas piscinas que antes de entrar en ellas era necesario detener el vehículo para constatar que dentro de ella no se encontraba otro carro. Al salir de una curva y antes de un puente, notamos la presencia de un joven guerrillero que nos hacía señas con las manos, indicándonos que avanzáramos más despacio. Sobre el puente pudimos observar un camión y otros tres guerrilleros. Uno de ellos nos indicó que detuviéramos el vehículo, lo que efectivamente hicimos. Posteriormente nos invitaron a bajarnos.

Ya en tierra pudimos observar que del camión estaban bajando algunas mercancías: huevos, aceite, arroz y otras cosas, que iban amontonando a un lado del puente. El chofer del camión les preguntó si ya habían terminado de sacar lo que necesitaban a lo cual respondió uno de los guerrilleros, que era suficiente lo que habían bajado. La atención se concentró entonces en nosotros tres.

Se dirigió hacia nosotros quien al parecer era el comandante del grupo, un joven de unos 25 años, moreno y con un moderno fusil colgado al hombro. Nos solicitó los papeles de identificación y entonces yo saqué la cartera para presentar la cédula, pero se acercó más a mí y tomó la billetera para realizar él mismo la revisión. Papel por papel los fué revisando y cuando llegó a la parte en donde tenía algunos billetes, la dobló y me la entregó. El mismo procedimiento lo realizó con mis dos compañeros. Mientras realizaba la inspección de los papeles, el comandante (así lo llamaron sus compañeros) dió la orden a los otros dos jóvenes guerrilleros, una mujer y un hombre, que no tenían más de 17 años, de hacer la requisita correspondiente al vehículo y a nuestras maletas. Con toda la parsimonia del caso abrieron maletín por maletín y revisaron cuidadosamente su contenido.

Yo había llevado un maletín que contenía la ropa y otro, en donde tenía una filmadora y un sobre con un dinero que me había entregado un amigo con el fin de que le comprara algunos castellanos de oro para hacer unos anillos, pues estaba próximo a casarse. No era mucho el dinero, pero yo pensé que si abrían el sobre, seguramente lo irían a retener. No fué así. El joven sacó

la filmadora, la miró, luego abrió el bolsillo en donde estaba el sobre con el dinero, lo miró y allí lo dejó.

Mientras se producía la requisa de nuestros equipajes el comandante nos puso al tanto sobre el objetivo de la lucha guerrillera y el apoyo que estaban dando a las reivindicaciones del pueblo chocoano. Nos preguntó luego hacia dónde nos dirigíamos y cuando le dijimos que éramos profesores de la Universidad Tecnológica, suspendió el discurso. A partir de ese momento uno de mis compañeros se le acercó un poco y se recostó sobre una de las barandas del puente, asumiendo la misma posición del comandante y principió a hacerle un interrogatorio al estilo del que hacían nuestras abuelas paisas cuando se encontraban con un desconocido:

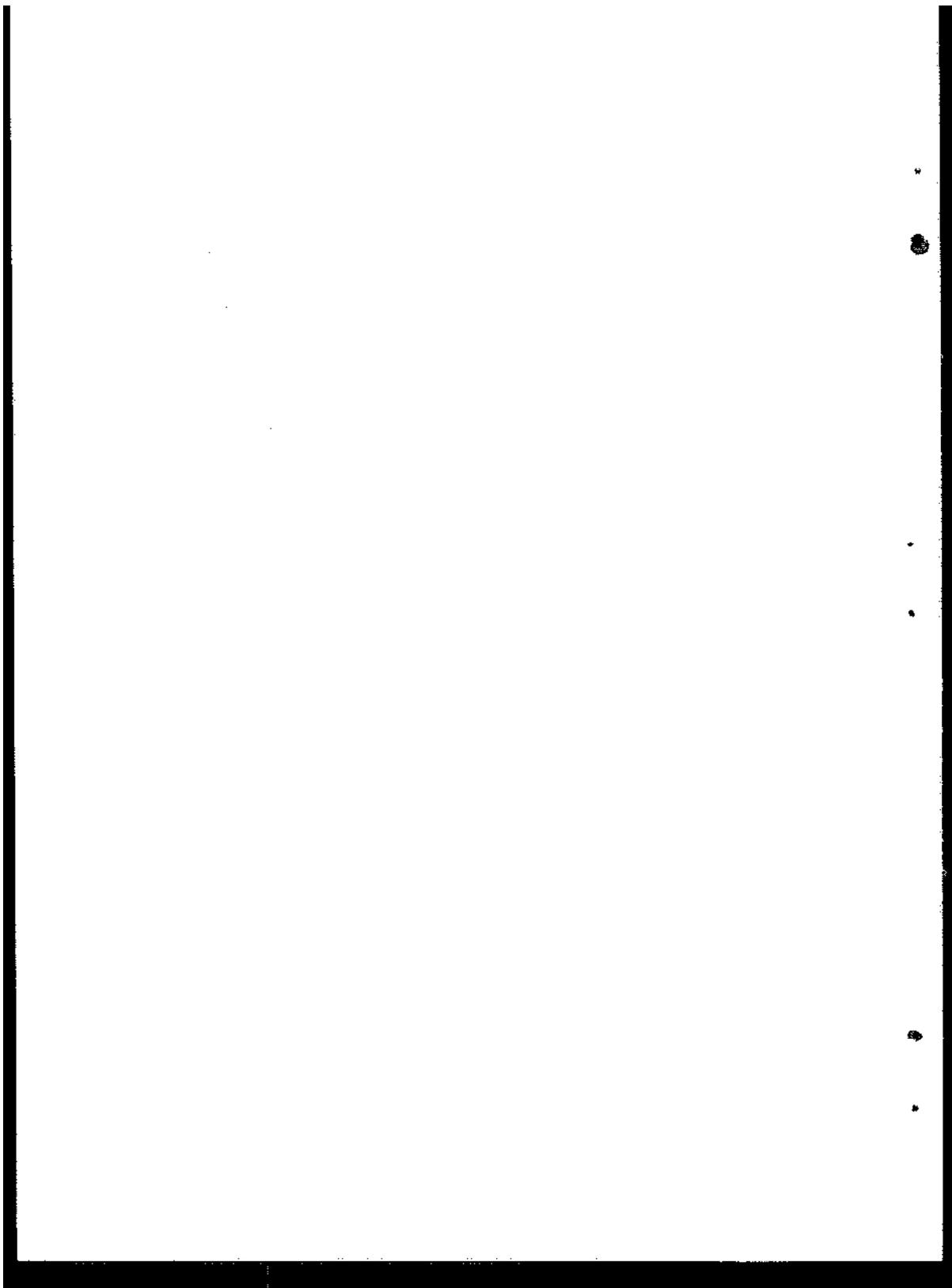
- Oiga hombre, ¿qué tipo de arma es esa?, mientras le señalaba el fusil con los labios.
- Es una Galil. Le respondió el comandante, secamente.
- Ahhhhh.
- Oíste hombre, y por aquí, ¿hay mucha guerrilla?
- Siempre.
- Habiendo varios frentes guerrilleros por ésta área, ¿no hay enfrentamientos entre ustedes?
- No.

A esta altura del interrogatorio se podía notar cierta incomodidad del comandante, pues de interrogador había pasado a interrogado. Sin embargo mi compañero no se daba por aludido y volvía a la carga.

- Oíste vos, esa vida que ustedes llevan ¿no es muy dura?
- A veces sí.
- Y la familia suya ¿dónde vive, hombre.?

Al llegar a ese punto, el comandante olfateó que si el interrogatorio continuaba, terminaría haciéndole una confesión, que seguramente no le había hecho a ningún sacerdote en muchos años. Decidió entonces finiquitar el asunto y le dió orden a los dos jóvenes que estaban requisando el vehículo, que la suspendieran y continuáramos el camino.

¡Pobres estudiantes de la Universidad!, pensaba para mis adentros, los que tenían que presentarle exámenes a nuestro querido compañero profesor.



EL JAIBANA QUE ESCUPIA FUEGO

Una cosa es leer en los libros sobre los temas de magia y hechicería y otra bien distinta cuando uno los puede vivir "de cuerpo presente".

Yo había solicitado en 1987 el año sabático y entonces me dediqué a realizar una investigación sobre la historia de la comunidad chamí. La primera de las muchas "bufneladas" que cometí fue la irme hasta San Antonio del Chamí, para tratar de averiguar algunos datos sobre la existencia del resguardo indígena desde la época colonial. Hice contactos con un personaje que me recomendaron, pues, según me informaron, era una persona que conocía muy bien el tema sobre la historia de esa región. Lo invité a tomar tinto y entonces entablamos la siguiente conversación:

- ¿Cuál era el antiguo territorio que pertenecía a la comunidad indígena?, le pregunté.
- ¿Indígenas? no mijo, por aquí ya no quedan indios. Los que hay, están por allá, muy lejos. Aquí ya todos son campesinos común y corrientes.

Esa respuesta, como era lógico, me cayó como baldado de agua fría, porque al fin y al cabo contradecía todas las experiencias que yo había tenido con la comunidad indígena. Sin embargo recordé que ese tipo de

respuestas eran muy comunes en nuestro medio cuando de relatar la historia se trataba. Es decir, tanto para el español como para el mestizo, antes de la llegada de los peninsulares y de antioqueños y caucanos, la historia se iniciaba con la conquista o la colonización. El mundo indígena era la "barbarie", la "prehistoria", la "nada".

Decidí entonces viajar a Popayán y a Bogotá para consultar los archivos históricos y después de obtener una amplia información sobre los chamí, regresé a San Antonio y me puse en contacto con el Gobernador indígena de la parcialidad de Citabará. La comunidad me acogió muy amablemente y me invitó a una serie de reuniones, y posteriormente los acompañé a algunos miembros del cabildo indígena a las oficinas del INCORA para los trámites que estaban haciendo para la adjudicación de unos predios en la vereda de Citabará. Aprobada la adjudicación yo regresé por algunos días a Pereira y un día recibí una llamada telefónica del Gobernador de Citabará⁵:

- "Victor, lo llamo desde San Antonio, para invitarlo a la "curación de la finca".

- Y, ¿cuándo es la ceremonia?, le respondí.

- "Es el sábado próximo, en la noche"

La invitación la recibí el lunes anterior, de manera que fué una buena excusa para decirle que ya tenía unos compromisos adquiridos de antemano. La verdad es que sentí pánico al pensar que iría a asistir a una ceremonia presidida por un Jaibaná, ritual que usualmente se

⁵ Sitio de tábanos.

celebraba en avanzadas horas de la noche y sobre el cual aún no tenía los suficientes conocimientos. Solamente sabía que se trataba de hechicería y magia, asuntos que me despertaban cierto temor, a pesar de la curiosidad que al mismo tiempo puede generar.

Creiendo que mi negativa lo haría desistir de la invitación, me despedí y el Gobernador entonces me dijo que me llamaría después.

Exactamente a los ocho días volví a recibir una nueva llamada.

- "Victor, hablo desde aquí de San Antonio. La comunidad dice que entonces va a hacer la ceremonia el próximo sábado, para que usted venga.

-¿El próximo sábado?, le respondí.

-"Sí, entonces lo esperamos en la caseta para acompañarlo".

Como quiera que el miedo todavía no lo había superado, entonces volví nuevamente a disculparme, diciéndole que tenía una reunión urgente fuera de Pereira y no iba a estar para esa fecha. Sin embargo pronto comprendería que el compromiso era ineludible, y a la tercera llamada no tuve más remedio que aceptar la invitación y alistar maletas para Citabará.

Llegué un sábado al medio día y después de subir por una loma hasta la caseta del cabildo en Citabará, me presentaron al Jaibaná que había llegado desde un sitio cercano a Purembará y continuamos subiendo por la

cordillera hasta una de las dos fincas que el INCORA le había comprado a la comunidad.

Ya en la horas de la noche se iniciaron los preparativos para la ceremonia de curación de la finca, con el fin de erradicar cualquier maleficio que pudiera afectar no solo a cualquier miembro de la comunidad, sino también a vegetales o animales que existieran en aquel predio.

Aproximadamente treinta y cinco personas nos encontrábamos en una vieja casa que antes había albergado a los administradores de la finca. No fuimos acomodando en el suelo y el Jaibaná principió a disponer su "banco de Jaibaná" elaborado en madera de balso, su bastón de mando sobre los espíritus y unos pequeños recipientes que tenían algunas mezclas de hierbas.

El cuarto estaba totalmente oscuro y una vez que el Jaibaná principió a "cantar" invocando los espíritus, principió a circular el "biche", un destilado que se obtiene del guarapo. Yo pagué mi novatada y al tomar tres o cuatro sorbos de la bebida, mas el miedo que tenía por la ceremonia y por la oscuridad, principié a ver alucinaciones, como por ejemplo, animales que volaban en cámara lenta por sobre los asistentes. Sin embargo, lo que más me impactó fué el hecho de que el Jaibaná, cuando tomó chicha de chontaduro en una totuma, parte del líquido lo escupió y entonces pude ver que no escupía líquido, sino fuego. Al poco rato el Jaibaná ordenó salir y entonces principió a clavar algunas espinas del árbol de chontaduro, en algunos sitios, en donde suponía que pudieses estar los espíritus, según me explicaron después. De allí en adelante los recuerdos son muy escasos, solo sé que desperté al otro día

tendido en el suelo, al igual que el resto de personas que
asistimos a la ceremonia.

174

1

2

3

4

5

6

A FALTA DE VAJILLA BUENA ES "VASINILLA."

Recorrer el territorio indígena del Chamí no es nada fácil, no solo desde el punto de vista de las vías sino también por lo que tiene que ver con la alimentación. Llegar a Purembará en donde se encuentra el internado indígena y habitan sacerdotes, así como médico y enfermera. se puede conseguir una alimentación similar a la uno está acostumbrado a comer. Igual cosa puede suceder al ir hasta Kundumí, pues en esta vereda tienen presencia las monjitas de la Madre Laura y entonces es posible disfrutar de una deliciosa comida. No ocurre lo mismo en otros sitios como Mentuará⁶ o Beké⁷ en donde la comunidad indígena tiene una dieta alimenticia tradicional, compuesta por cogollos de **palma churkin**, **pringamosa**, **cogollos de helecho**, **hongos**, **bajó**, además de la harina de maíz y el plátano.

En el año de 1987 y después de haber estado recolectando información en los archivos de Santafé de Bogotá y Popayán, llegué a San Antonio del Chamí y me puse en contacto con el entonces Corregidor de la localidad y me informó sobre la existencia de unas

⁶ Arbusto cuyas hojas las utilizan los indígenas para pescar.

⁷ Arbol cultivado por los aborígenes y de cuyas hojas extraen un zumo para agregar a la harina y darle un mejor sabor.

antiguas sepulturas en la vereda de Humacas Medio. Me interesé por el tema y acordamos que al otro día saldríamos por la mañana con el fin de hacer el reconocimiento. Como salimos muy temprano solamente tomamos tinto, emprendimos el viaje por carretera y dejamos el campero cerca de Jeguadas⁸ para tomar el camino que nos conduciría a Humacas. Bajamos una pequeña pendiente por la margen izquierda del río San Juan, lo cruzamos y luego principiamos a ascender por la margen derecha. El camino era angosto, en muy mal estado y en ocasiones era necesario "meterse al agua" para atravesar algunas quebradas. La sorpresa que me llevé fué enorme cuando ví que una persona nos seguía de cerca: se trataba de un "paisa" comerciante que venía de Mistrató con una maleta de cuero descomunal al hombro, acostumbrado a internarse por la zona indígena vendiendo al fiado a los indígenas, calzones, espejos, faldas, y otra cantidad de chucherías para niños. Yo creía que estos buenos "baisanos" ya se habían acabado.

Al llegar al sitio en donde se encontraba la sepultura, pude constatar que se trataba de la tumba de un antiguo cacique, basado en la relación que nos hicieron los indígenas sobre las cerámicas encontradas allí y sobre todo en una gran laja de piedra que cubría la tumba y que fué partida en pequeños trozos para colocarla como "empedrado" en el camino que de la tumba conducía al tambo.

Regresamos a las tres de la tarde al sitio donde habíamos dejado el carro y como era natural, teníamos

⁸ Nombre relacionado con la leyenda de la culebra japa.

un hambre descomunal. Al llegar a la casa del indígena Crispín Chacoa encontramos a su esposa Juana, una paisa que estudió en el internado de Purembará y en donde conoció a su futuro marido. Le pregunté a Juana si tenía algo para comer y me respondió que solo tenía chontaduro y aguadepanela. No había alternativa, pues el hambre era más fuerte que el gusto. Yo había tratado de comer chontaduro y no era precisamente una fruta de mi predilección, pero en este caso, después del largo ayuno, los chontaduros me supieron a gloria.

Posteriormente viajé solo a Mentuará, sin llevar ningún tipo de alimento. Las monjas que vivían allí, no se encontraban, así que un indígena me acogió amablemente en su tambo. Yo había llegado al medio día, así que se encontraban próximos a servir al almuerzo. Yo noté un movimiento fuera de lo común entre los miembros de la familia: iban y venían, hablaban en su lengua y finalmente se pusieron de acuerdo en el alimento que me iban a ofrecer. Me preguntó entonces el indígena si quería comer sopa de plátano y yo le respondía afirmativamente. Acto seguido apareció su esposa con una enorme porción de sopa, servida en una vasinilla esmaltada tamaño familiar!

Yo hubiera querido tener un espejo ante mí para poder ver las gestos que hice en ese momento. Quedé literalmente mudo y pensando qué podía hacer para "sacarle el bulto" a la comida de ese "becao" de plátano cocido que tenía en mis manos. Pero no había salida posible. El indígena, su mujer y los tres hijos me miraban fijamente esperando que yo principiara a comer. La cuestión, además de la vasinilla era que tenía que "bogarla" porque no me dieron cuchara ni totuma para hacerlo.

Me encomendé a todos los santos y recordé las purgadas anuales que anteriormente nos practicaban con el famoso Vermífugo Nacional para expulsar las lombrices. Acerqué la vasinilla a la boca y lentamente principié a tomarme el contenido, haciendo fuerza para que no se produjera ninguna "devolución". Noté entonces la cara de satisfacción del indígena, quien me dijo:

- "Ese plato compré en Mistrató⁹", refiriéndose a la vasinilla.

- Ahhh, muy bonito y grande, le respondí.

- Sí... es que tenemos guardado para Padres y Monjas.

Era un honor que me estaban haciendo el que me sirvieran en la vajilla reservada para las monjas y los curas que los visitaban, pero en este caso hubiera preferido que me hubieran tratado con más confianza.

Ya había ingerido más de la mitad de la "vasinillada" y pensaba insinuarles que ya me encontraba lleno, pero antes de que pudiera decir alguna cosa, la esposa me miró y me dijo:

- ¿No gustó comida?

- Claro que sí, le respondí inmediatamente y continué tomando la sopa, ante la sonrisa de agrado de toda la familia.

EL CABALLO DEL ALTO BAUDÓ

Estaba en la ciudad chocoana de Condoto dirigiendo un curso sobre Constitución para los estudiantes de Licenciatura en Español y comunicación Audiovisual. Es bien sabido que la comunidad indígena y negra se mueve en un mundo en donde lo real y lo posible no se encuentran separados de una manera precisa como lo hace la ciencia occidental. Los mitos y leyendas se cruzan con formalizaciones científicas, dando como resultado una hibridación de los sistemas clasificatorios y conceptualizaciones utilizados para explicar los fenómenos naturales y sociales.

Con mucha frecuencia quienes tenemos el oficio de maestros olvidamos que los conceptos construidos por algunas disciplinas, son eso, construcciones mentales que difieren de otras, construidas por otras comunidades en otros contextos. No es fácil pensar que basta con explicar o plantear otra manera de entender los fenómenos que nos rodean o que nos inquietan, sino que es necesario contar con los significados construidos por las comunidades, por los individuos, sobre los diversos temas que se abordan en la escuela.

Cuando en determinado momento decimos "cantar", estamos convencidos de que nuestro interlocutor, si

habla español, tiene construido el mismo concepto, el mismo significado que nosotros le asignamos a esa palabra. El problema no es la palabra, el signo, sino el significado. Esto lo pude comprobar cuando en alguna ocasión viajaba por el chamí con un indígena. En determinado momento oí cantar de una manera muy bella un pájaro y le pregunté a mi compañero cómo se llamaba ese pájaro que cantaba de esa manera. La respuesta me desconcertó: "Los pájaros no cantan, ellos chillan. Las personas sí cantan, pero los animales, no." Se puede entender que para los chamí, la acción de cantar implica un acto con cierta intencionalidad, que no poseen los animales. Sin embargo, nosotros no hacemos esa distinción.

Recuerdo también el relato hecho por una antropóloga que trabajaba con los indígenas guambianos en un proyecto comunitario, en donde plantea que en una ocasión, cuando estaban reunidos algunos líderes indígenas y ella preguntó qué era ser solidario, uno de ellos respondió: "Pues la comunidad a veces le da a uno algunas responsabilidades y entonces cuando se principian a realizar reuniones, a la primeras llegan muchos, pero luego uno ve que principia a quedarse **solidario, solidario.**"

Una situación similar se presentaría en Condoto con un estudiante, a raíz de la lectura que hizo de un libro que yo había escrito sobre el período colonial en América. En el libro se dedicaba un capítulo a la exploración del Chocó y hacía la transcripción de un documento en donde un español se comprometía ante la Corona española a introducir a dicha región, determinado número de esclavos, cerdos y caballos.

El estudiante leyó atentamente el documento y le llamó la atención sobre todo, el hecho de que desde esa época se hubieran introducido al Chocó, los caballos que mencionaba el documento. En uno de los descansos que tuvimos entre clase y clase, entré yo a la cafetería para tomarme un tinto y entonces él se sentó a mi lado y me dijo:

- "Profe, ahora sí entiendo de dónde salió el caballo del Alto Baudó"

Yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando, así que le pregunté:

- Y, ¿cuál es el caballo del Alto Baudó?

- "Pues es un caballo blanco que vive por esa región y cuando se ve acosado, entonces va al río, introduce le hocico en el agua y la pone a hervir. Esa es una defensa del animal, porque él puede meterse en el agua y no le pasa nada, pero no lo puede hacer la persona o animal que lo persiga".

Hasta ese momento no veía nada extraño en su relato, pues como dije inicialmente, en el Chocó existen miles de leyendas y mitos. Sin embargo me esperaba una sorpresa cuando a continuación me hizo la siguiente precisión:

- "Es que yo no había podido saber de dónde había salido ese caballo, pero leyendo el documento que hay en su libro, entonces pude entender claramente el origen del animal".

Otro estudiante que se encontraba con nosotros compartiendo la conversación, y una vez que hizo la aclaración su compañero, asumió una actitud de asombro, lo miró y exclamó:

- "¡Aajaajaaa!

Yo quedé desconcertado porque no sabía si el "aajaá" era señal de tomadura de pelo para su compañero, o señal de asombro por el gran descubrimiento que había hecho. Pues realmente se trataba de lo último, ante lo cual yo no tuve más remedio que felicitarlo por la agudeza de su observación: le había encontrado un piso documental, histórico, a la leyenda del caballo blanco del Alto Baudó.

UN ALEMAN NEGRO

Uno de los aspectos que causa más admiración en los pueblos chocoanos es la inexistencia de limosneros, a los cuales uno ya está acostumbrado en las ciudades del interior del país. Los ancianos son cuidados con esmero por sus familiares, porque siguen representando una autoridad por la fuente de sabiduría que representan. Los niños de las ciudades como Condoto distribuyen su tiempo entre los juegos, el estudio y los "mandados" permanentes que hacen para sus familiares.

La Alcaldía de Condoto arrendó una casa en el pueblo para alojar a los profesores de la Universidad Tecnológica de Pereira, durante los fines de semana cuando se desplazan para dictar las clases a los estudiantes universitarios que existen en dicha población. En alguna ocasión, cuando se hicieron presentes dos profesoras para realizar unos cursos de Pre-icfes, llegaron dos jóvenes de aproximadamente 12 años a la casa y uno de ellos, a quienes sus amigos llamaban el "alemán", siguió frecuentando el lugar hasta convertirse en un huésped permanente que hacía mandados, lavaba los carros, localizaba a las personas con las cuales necesitaban conversar los profesores. En fin, el "alemán" se convirtió pronto en un personaje indispensable para quienes frecuentábamos a Condoto.

El joven "alemán" es, como la inmensa mayoría de los chocoanos, una persona extrovertida, diligente y sobre todo de una ingenuidad que produce asombro. Yo me divertía mucho en la medida que cuando viajaba hasta Condoto, usualmente mis compañeros me llamaban "don Victor" o "profesor Zuluaga", pero cuando llegábamos a la casa y salía el "alemán" a saludarme siempre me decía "quiubo Zuluaga", haciendo fruncir a mis compañeros.

En una ocasión el "alemán" se antojó de unos tenis que tenían luces en la parte de los talones y me pidió el favor de que le regalara unos de esos tenis. Eran unos tenis relativamente costosos, pero me puse de acuerdo con algunos de mis compañeros y acordamos que entre varios, le podríamos hacer el regalo que tanto deseaba. Claro que todavía estoy esperando que algunos de ellos me cancelen la cuota-parte.

El día que le llevé los tenis fué inolvidable, tanto para el "alemán" como para los compañeros míos que se encontraban presentes. Me acuerdo que antes de entregárselos, le dije:

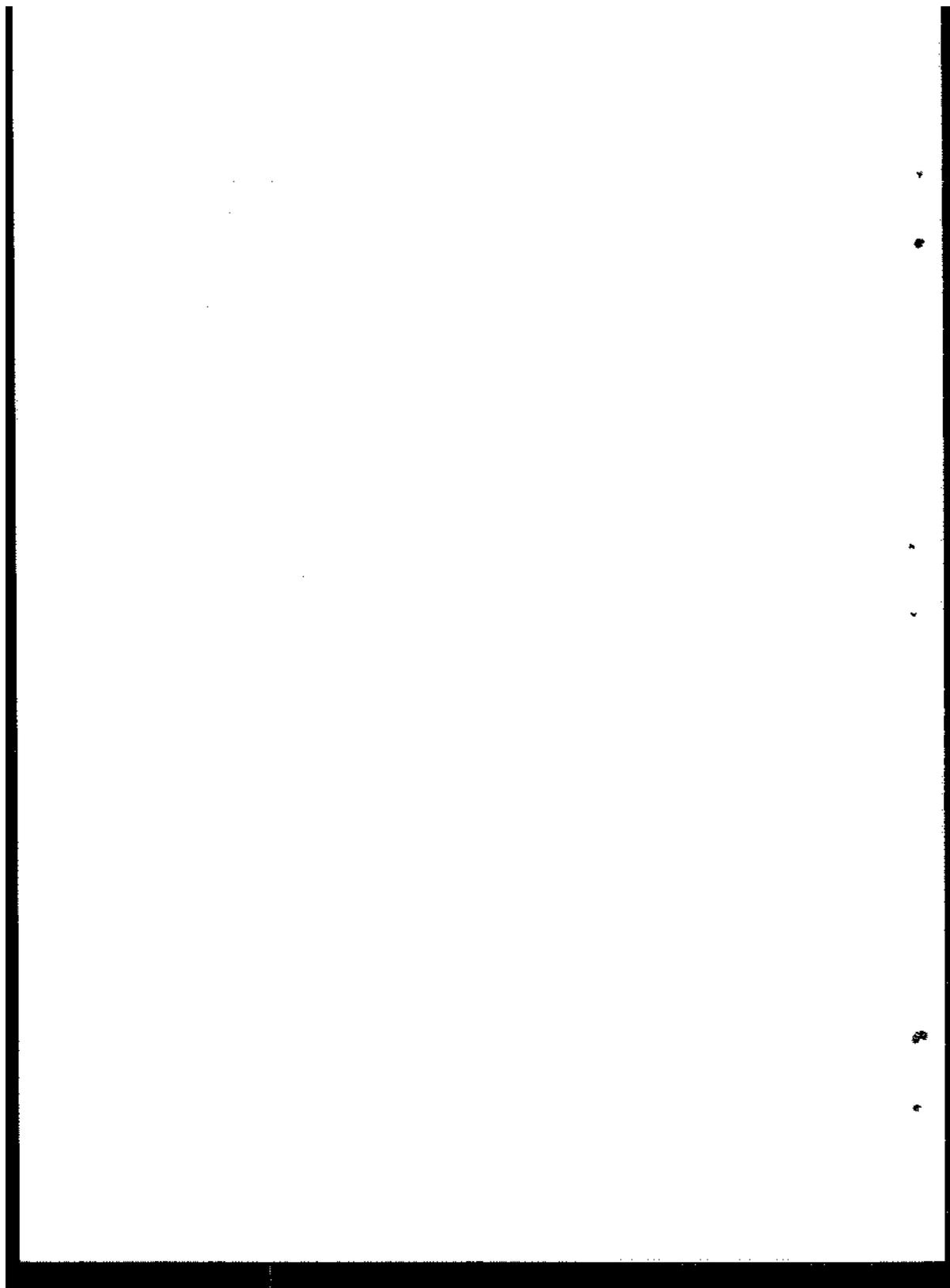
- "Alemán", en nombre de mis compañeros, le voy a entregar estos tenis y espero que los cuide mucho.

El pobre "alemán" cuando vió los tenis con sus respectivas pilas y luces, abrió los ojos de manera inusual y tomó con la mano derecha el par de tenis y con la izquierda se echaba bendiciones mientras se arrodillaba y exclamaba : "ayyy.... Dios mío, ayyy....Dios mío". La escena fué realmente conmovedora.

Yo le había oído la versión al "alemán", sobre la razón por la cual lo llamaban de esa manera, siendo negro. Luego me enteré que a un hermano de él lo llamaban el "gringo". La razón dada para que le tuvieran ese apodo era tan inverosímil que difícilmente me creían, cuando yo la contaba, así que en alguna ocasión, cuando un compañero mío llevó una filmadora, resolvimos que valía la pena hacer unas tomas al "alemán", en donde quedara registrada su versión y además bailara y cantara, cosa que hacía con mucho ritmo.

Efectivamente, al "alemán" se puso frente a la cámara y principió a bailar y a cantar. Cuando finalizó, mi compañero le preguntó por qué lo llamaban así. He aquí la respuesta:

- "Mire, cuando yo nací, mi mamá me dijo que había nacido blanco, pero usted sabe... el Sol y el calor... me volvieron negro". Obviamente el "alemán" lo dijo con una naturalidad que podía dejar a más de uno, confundido.



PRIMIPARADAS DE ESTUDIANTES

Es frecuente que cuando uno ha tenido una larga experiencia con las salidas a terreno o "trabajo de campo", sobre todo en regiones tan difíciles por el acceso como el Chocó, olvide advertir a los estudiantes sobre las precauciones que se deben tener y las complicaciones que se pueden presentar en el camino cuando no se lleva la ropa adecuada. Sin embargo, cada vez que salía con un grupo de estudiantes para internarnos en la zona indígena del Chamí, procuraba ilustrarlos de la mejor manera posible sobre las diversas situaciones que se podrían presentar. No obstante podría decir que en cada salida se presentaban dificultades debido a la omisión que se hacía por parte de los estudiantes de dichas recomendaciones, o porque ellos no manifestaban previamente las limitaciones de tipo físico o psicológico que pudieran tener. Al fin y al cabo caminar por la selva no es lo mismo que transitar por una avenida o una calle pavimentada en la ciudad, en donde existe una señalización y es posible abordar un vehículo en cualquier momento para llegar a nuestro destino.

La primera dificultad que viví fue en un ascenso hacia el Internado de Purembará. Para un indígena o una persona acostumbrada a caminar con frecuencia, puede tomar una hora y media para cubrir el trayecto entre la carretera y

el Internado. Quien no esté acostumbrado, fácilmente puede demorar tres horas, incluyendo varios descansos.

Días antes de emprender el viaje les expliqué a los alumnos y alumnas, que procuraran no llevar bolsas de mano sino morrales que pudieran acomodar en sus espaldas; utilizar pantalones amplios y por ningún motivo prendas estrechas; llevar botas o zapatos apropiados para el pantano y las mujeres les advertí que por favor no fueran a llevar cosméticos y adornos innecesarios porque entre más peso llevaran, sería más penosa la caminata. Pero... siempre resulta uno o dos estudiantes que consideran que las observaciones son exageradas o simplemente no van a las reuniones donde se dan las explicaciones previas sobre el terreno en el cual se va a realizar la práctica, y claro, tienen que padecer las verdes y las maduras.

Yo me había percatado de que una de las niñas llevaba unas botas muy bonitas pero con un tacón no apropiado para largas caminatas y además, un morral y un maletín de mano lleno de lápices labiales, cepillos para el pelo, pomadas desmanchadoras, bronceador y cuanto aditamento carga una niña cuando va a un concurso de belleza. Lo sucedido era previsible. Aproximadamente a la media hora de estar caminando comenzó a experimentar señales de fatiga y entonces pidió auxilio a uno de sus compañeros para que le ayudara a llevar el maletín. Como la niña era muy agraciada, varios estudiantes se ofrecieron entusiasmados a aliviarle la carga, pero en la medida que ascendíamos y se hacía más dura la jornada, principiaron a escasear los "caballeros" dispuestos a aliviarle su equipaje y entonces la niña no tuvo mas remedio que echarle mano al maletín y continuar la marcha. En mitad de camino la

reina de belleza resbaló y se le desprendió uno de los tacones, así que intentó continuar caminando con una especie de cojera, pero al advertir la incomodidad, resolvió quitarle el otro tacón para emparejar las botas. El cansancio acumulado, el peso y la incomodidad del maletín y el estreno de nuevo caminado con unas botas desprovistas de tacones, hicieron que la niña entrara en una crisis nerviosa tan grande, que sin pensarlo dos veces, tiró el maletín por un precipicio y se sentó a llorar.

Con grandes dificultades, un estudiante inició el descenso por el precipicio para rescatar el maletín, cosa que finalmente se logró. El retardo en el viaje era había sido notable y suficiente el sufrimiento de la joven por no haber seguido las instrucciones dadas de antemano.

El segundo caso sucedió en el ascenso hacia el sitio de La Batea, ubicado en la vereda de Jeguadas y en donde existe una gran hondonada, ocupada, según la leyenda que existe, por una laguna formada por la culebra Jepá.

En realidad el viaje desde la carretera que bordea el río San Juan hasta la cresta de la cordillera en donde se encuentra La Batea, no es muy penoso, pues es posible hacerlo por una carretera abandonada que se pretendió construir hasta el sitio de Puerto de Oro. Hoy en día la carretera se encuentra totalmente abandonada, pero se puede recorrer a pie o a lomo de mula.

En esa ocasión iba con un grupo pequeño de estudiantes y entre ellos, una joven pasada de kilos. Durante el ascenso, me fui conversando con la citada joven y a mitad de camino principió a quejarse por el calor sofocante que hacía, de manera que tuve que despojarme de mi sombrero para que ella se protegiera

la cabeza. Llegamos al sitio, se realizó la respectiva observación, les relaté el mito de la culebra Jepá¹⁰ y emprendimos en viaje de retorno hacia la carretera principal en donde nos estaba esperando un vehículo para llevarnos hasta San Antonio de Chamí.

Durante el descenso, la joven se quedó rezagada y daba señales de fatiga, así que decidí acompañarla al ritmo que ella imponía, o mejor, que el volumen de su cuerpo se lo permitía. Caminábamos tan lento que cuando nosotros llegamos a la carretera, los demás estudiantes del grupo se encontraban descansando desde hacía un buen rato. Al llegar nosotros, los estudiantes se levantaron y principiaron a caminar por la carretera en dirección a San Antonio, pues el vehículo no había llegado aún. Eso significaba que la joven y yo, debíamos continuar caminando, sin tener la posibilidad de descansar un poco. Y ¡ahí fue Troya!. La joven me miró con aire desconsolado y con voz entrecortada me dijo: "No....profe, no vamos a poder descansar". Cuando terminó de hablar, empezó a llorar a "moco tendido", de manera que tuve que llamar la atención de los compañeros en el sentido de que esperaran un poco mientras nuestra "dolorosa" descansaba un poco. El llanto de ella arreció cuando todos sus compañeros empezaron a reírse a mandíbula abierta.

Teníamos planeado ese día subir hasta Citabará, una vereda ubicada cerca de San Antonio del Chamí, pero con una cuesta bastante empinada, de manera que tuve que decirle a nuestra "dolorosa" que continuara en el carro hasta San Antonio y nos esperara en las

¹⁰ Especie de anaconda.

residencias, mientras yo subía con el resto de estudiantes hasta Citabará.

El tercer caso lo vivió una joven precisamente en el ascenso hacia Citabará. Habíamos llegado un sábado por la tarde a San Antonio del Chamí y habíamos programado asistir a una reunión del Cabildo veredal de Citabará, el domingo en las horas de la mañana. Por lo general iba con los estudiantes desde San Antonio hasta Citabará, a pié, pues a pesar de que gran parte del recorrido se puede hacer en carro, por motivos de integración y de conocimiento del paisaje, me parecía mejor ir caminando.

En las horas de la mañana de aquel domingo, y cuando nos encontrábamos alistándonos para emprender en viaje, llegó un indígena de Citabará para comunicarme que la comunidad iba a realizar la reunión del Cabildo en las instalaciones del SENA de San Antonio. Me pareció entonces importante que los estudiantes pudieran tener la posibilidad de asistir a una reunión de la entidad que gobernaba la vereda, así que les propuse que esperáramos la reunión y luego iríamos a la vereda. Todos los estudiantes aceptaron el cambio de planes, menos una estudiante que de inmediato exclamó: "No, qué pereza, si nosotros vinimos fue a visitar la zona indígena y no a San Antonio del Chamí". Yo le expliqué que iríamos más tarde hasta Citabará, pues no podíamos desprovechar la posibilidad de asistir a la reunión del Cabildo, máxime cuando ellos habían mostrado complacencia por el hecho de que nosotros asistiéramos a esa reunión. Mis explicaciones no la dejaron conforme y opté por asumir la misma posición de sus compañeros: ignorarla.

Asistimos a la reunión con los indígenas, que se prolongó hasta las diez de la mañana, o sea que nos quedaba tiempo suficiente para visitar la vereda y regresar temprano a San Antonio. Nuestra "rebelde sin causa" no asitió a la reunión y prefirió quedarse caminando por el parque de la población.

A las diez y treinta de la mañana emprendimos el viaje y mientras el resto del grupo se dedicaba a conversar animadamente y tumbar guayabas para comer, la joven del cuento se dedicó a renejar por la tardanza que habíamos tenido en el viaje.

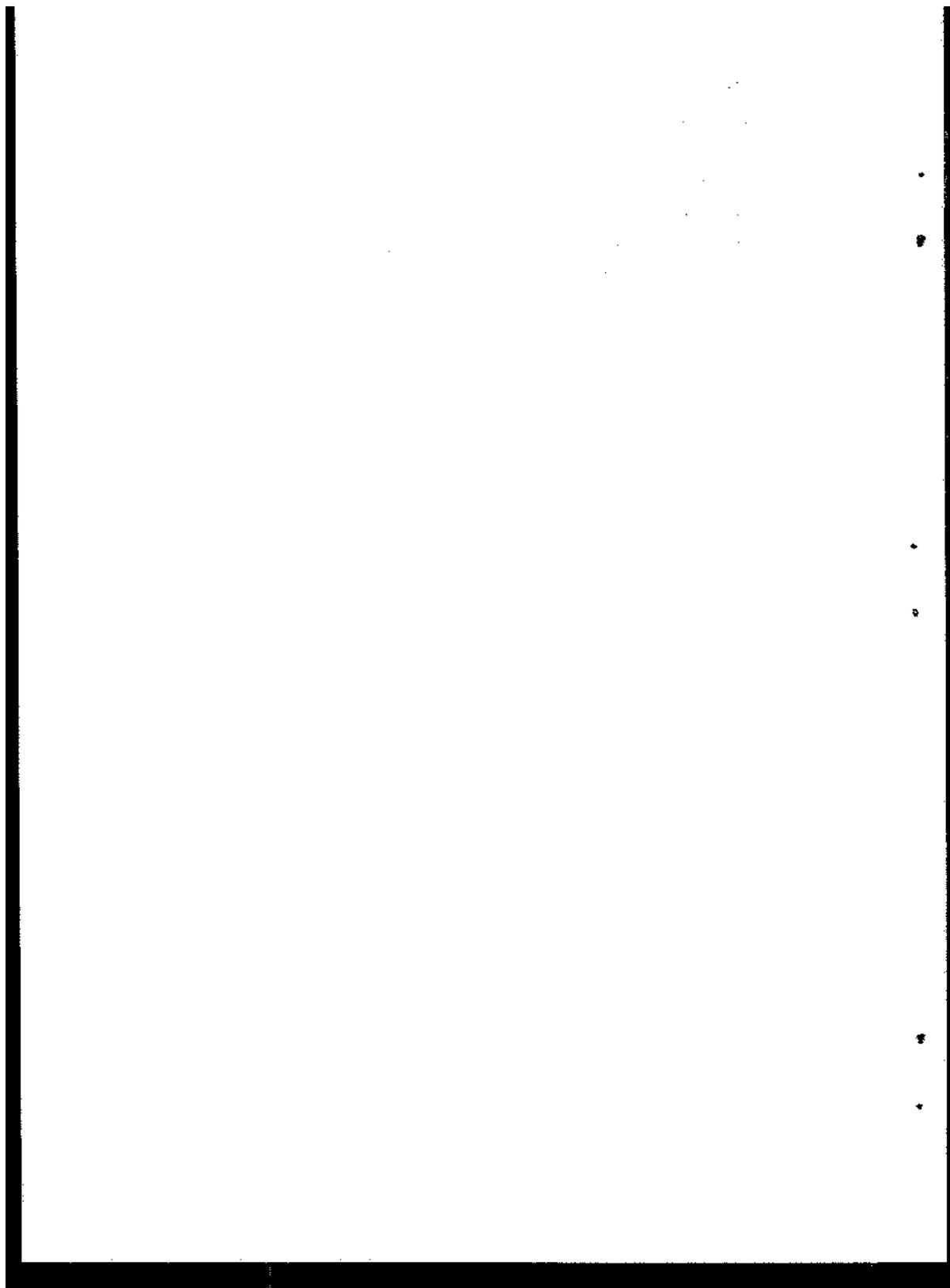
Al llegar al sitio en donde se abandona la parte "plana" y se inicia el ascenso hacia Citabará, existen dos caminos que se pueden tomar, uno, que usualmente usan los indígenas, tan empinado como una pared, y otro, usado por los colonos, que es más prolongado y en forma de zig zag, pero más descansado. Pensé que había llegado el momento de la "revancha", pues como dice el dicho popular "Dios no castiga ni con palo ni con rejo sino con el cuero de mismo pellejo". Decidí que tomaríamos el camino más pendiente y los estudiantes fueron desfilando en "fila india", pues era un sendero muy estrecho y resbaladizo. Yo opté por quedarme de último, después de haberles dado las indicaciones respectivas en el sentido de que subieran lentamente para evitar una fatiga muy pronto. Cuál no sería mi sorpresa cuando a mitad de camino encontré a nuestra líder inconforme, sentada en una pequeña piedra al lado del camino, totalmente agotada:

- "¿Qué le pasó?" le pregunté.

- "Profesor, tengo traquicardia"

-”¿Quiere que la espere?, le volví a preguntar, un poco asustado.

-”No profesor, sigan que yo me quedo aquí esperándolos a que regresen”. Con el dolor del alma tuvimos que dejarla “quietica” para que descansara mientras nosotros hacíamos el reconocimiento de la vereda. Al regreso, la encontramos en el mismo sitio, ya más tranquila y sin ánimos para rencgar.



EL SANTO ECCEHOMO Y LOS CHINCHES

La población chocoana de Tadó¹¹ fué antiguamente la capital de un distrito a la cual pertenecía el hoy Municipio de Pueblo Rico. Pensé en un momento determinado que podría encontrar información sobre la comunidad indígena chamí en los archivos municipales de Tadó.

Viajé entonces hasta esta población. Luego de haber buscado infructuosamente algún documento en la población de Istmina, en donde se protocolizaban todos los asuntos de tipo notarial de la región.

Cuando llegué a Tadó me dirigí a la Alcaldía y después de esperar pacientemente que el Secretario del Despacho me atendiera, me informó que los únicos archivos antiguos que existían se encontraban en un cuarto abandonado, pero que no me hiciera ilusiones porque en más de una ocasión, la sede de la Alcaldía había sido consumida por las llamas. De todas maneras se me permitió entrar al cuarto, que parecía mas bien un laboratorio de fotografía por aquello de lo oscuro. Conseguí entonces una linterna y cuando intenté remover algunos papeles que se encontraban dispersos por el suelo, pude ver una enorme rata que me pelaba

¹¹ Río de sal.

los dientes en abierto reto. Tuve entonces que retroceder, armarme con el palo de una escoba y colocarme un pañuelo en la nariz, debido a la cantidad de polvo que había en el lugar. El pañuelo en una mano y el palo en la otra, principié la "revisión de archivos", cosa que no duró mucho porque efectivamente eran documentos relativamente recientes pero en poder de las ratas. El único papel importante fué un boletín emitido por el Gobierno de Quibdó en donde se hacía alusión a las dificultades que se presentaban entre los colonos y los indígenas del Chocó.

Yo había llegado a Tadó en las horas de la tarde, así que después de mi fallido intento por encontrar algún documento de valor, decidí quedarme a dormir en dicha población para luego emprender el regreso a Pereira al otro día.

Al despedirme del Secretario del Despacho, éste me informó que en el pueblo existía un maestro jubilado que conocía mucho de historia y me dió las indicaciones para encontrar su residencia. Fácilmente la encontré y entonces le pregunté al profesor Perea (ese era el apellido) si tenía alguna información sobre la comunidad Chamí. Me respondió positivamente y lleno de emoción concerté una cita con él para las horas de la noche.

Llegué a las siete de la noche a la casa del señor Perea, un hombre de unos setenta años de edad y de una conversación muy agradable. Después del saludo, se dirigió a su cuarto y regresó con un pequeño libro en la mano, para mostrármelo. La moral se me esfumó cuando pude ver que se trataba de un texto de Prehistoria en donde daban algunos datos muy superficiales

sobre la población aborigen de Colombia. Decepcionado hasta más no poder, le acepté la invitación que me hizo para que me sentara en una mecedora a conversar con él. Hablamos de la carretera que une al Chocó con Risaralda, de la cultura negra y de otras muchas cosas, pero el tema que más me llamó la atención fué el del Santo Eccehomo de Raspadura.

Raspadura es en la actualidad un caserío de Tadó y desde la época colonial existió allí una cuadrilla de esclavos negros, de propiedad de un esclavista de Popayán. A principios del siglo pasado el amo le obsequió a sus esclavos, un cuadro del Santo Eccehomo, que se venera en la actualidad en dicho caserío. La fama del Santo es tan grande que de todo el Chocó y aún del Valle del Cauca, muchos fieles llegan a pagar penitencias o "Mandas", la mayoría de las veces en oro, que lo depositan en una enorme caja fuerte que existe en la capilla del lugar. De los jugosos recaudos que se hacían, nada quedaba para la comunidad, lo que motivó el reclamo de sus habitantes al Obispo de Isthmina. Pedía la población que una parte de los recaudos fueran destinados para el pago de algunos maestros del lugar, pero el Obispo les respondió con un no rotundo y les anunció que la imagen del Santo Eccehomo iría a ser retirada del lugar para colocarla en una nueva capilla que se había construido a la orilla de la vía principal, pues Raspadura se encuentra alejada de ella. Pensó entonces el Prelado que de esa manera se podrían aumentar los ingresos por conceptos de las limosnas.

Llegó el momento anunciado por el Obispo y cuando entró un sacerdote a retirar la imagen, el pueblo entero se volcó a la entrada de la capilla e impidió que el Santo Eccehomo fuera retirado. Amenazó entonces el Obispo

con retirar al sacerdote católico que oficiaba como cura del lugar, pero la comunidad no cedió y buscaron entonces un sacerdote cristiano de origen holandés, no católico. Desde ese momento, la comunidad nombró una Junta Administradora de los dineros de la capilla y una parte se destinó al sostenimiento de una escuela del lugar. Muchas anécdotas se han tejido alrededor el Santo, que el profesor Perea nos relató:

-“Mire señor, (me dijo el profesor) cuando el Santo no quiere salir de la capilla, se pone pesado como plomo y no lo pueden sacar. Cuando el Obispo de Istmina no pudo llevárselo para la otra capilla de Raspadura Dos, mandó un cura para que en una papel dibujara al Santo y luego lo pintara igualito, pero ¡qué va!, dicen que cuando el cura salió de la capilla, todo lo que había hecho en el papel, se le borró.” Este último relato me lo confirmó doña Ligia Waldo una señora de Condoto, con la cual tuve la oportunidad de conversar sobre el Santo Eccehomo.

Lo cierto es que en la actualidad existe una capilla en Raspadura Dos y allí existe un cuadro del Santo en mención, pintado recientemente a semejanza del que existe en Rapadura. Sin embargo la población unánimemente dice que “el verdadero Santo, el que hace milagros, es el que está en Raspadura; el otro es una copia que no tiene valor”.

Terminada la charla con el profesor Perea me dirigí al hotel a dormir. Muy temprano al otro día emprendí el viaje de regreso y durante varios días mis recuerdos estuvieron siempre concentrados en el Santo Eccehomo, pues los chinchas que había en la cama del hotel me habían dejado las piernas como un verdadero nazareno y de Nazareno a Eccehomo no hay más que un paso.

UNA CABUYA PARA AMARRAR LA CONSTITUCIÓN.

Dentro del proceso de elaboración del Plan de Desarrollo para el Departamento de Risaralda en la administración de Roberto Gálvez Montealegre, viajamos a Santa Cecilia para la realización de un taller sobre la Constitución y específicamente en lo que tenía que ver con Participación ciudadana.

Es muy usual que a este tipo de reuniones lleguen algunos funcionarios para realizar una intervención, desconociendo completamente los términos y conceptos más adecuados para que personas de origen campesino puedan entender sus mensajes.

Yo había estado trabajando en un taller con un grupo de líderes comunales, tanto negros como indígenas, en las horas de la mañana y además les había repartido una edición de la Constitución de 1991. En las horas de la tarde estaba prevista la intervención de un funcionario público experto en planeación y quien por mucho tiempo se desemeñó como consultor privado en esa materia. Sus estudios universitarios los había realizado en Francia, así que podríamos decir que manejaba un léxico bastante técnico o si se quiere, muy sofisticado.

Antes de iniciar su intervención le planteé claramente que era necesario adecuar su vocabulario, que les

preguntara si habían entendido y además, que en determinado momento interrogara a alguno de los asistentes sobre el tema tratado para poder saber qué habían captado. Me respondió entonces con un aire de suficiencia, que no me preocupara, que él estaba acostumbrado a intervenir ante esa clase de público y en fin, que su exposición la haría en los términos más elementales.

Cuando se inició la charla, yo me ubique en el fondo del salón, pendiente del discurso del conferencista, pero también observando la reacción de los asistentes. Los líderes campesinos e indígenas se encontraban acomodados en sus respectivos pupitres, muy atentos al discurso del funcionario en mención, y cada uno de ellos tenía sobre dicho pupitre un libro de la Constitución y algunas hojas en donde tenían esbozados algunos proyectos que se habían elaborado en las horas de la mañana y relacionados con la piscicultura, trabajo en madera y otros. De un momento a otro el conferencista hizo el siguiente planteamiento: "Es necesario que cada uno de los proyectos que ustedes han elaborado, se puedan "amarrar" a la parte legal de la Constitución y la Ley de Competencias y recursos". Yo principié entonces a notar un cierto desconcierto entre los asistentes, así que resolví levantarme de mi silla y principiar a caminar por el salón. Me acerqué a un anciano que me miraba con cierto aire de angustia y entonces me dijo: "Doctor" y ¿conqué amarramos la Constitución a los Proyectos?. No podía en ese momento hacerle la "traducción" de lo que el funcionario había querido decir, así que le dije que después de la reunión podíamos convesar sobre el asunto.

Terminada la sesión el funcionario, "sacando pecho" y con aire de satisfacción me preguntó: ¿Cómo le pareció?. Lo único que se me ocurrió decirle fué que se le había olvidado repartir algunas "cabuyas" para que los asistentes pudieran "amarrar la Constitución a los Proyectos".

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

AHHHH, USTED ES "VÍTOR"

Durante la época en que me encontraba recopilando información de campo para escribir el libro "Dioses Demonios y Brujos del Chamí", viajaba casi religiosamente cada ocho días a la zona indígena, bien un sábado o un domingo, para entrevistarme con el Jajbaná, Mario-Restrepo Siágama. En aquel entonces él vivía en la vereda de Humacas Medio. Yo salía de Pereira a las cuatro de mañana y estaba regresando en las horas de la noche. La jornada en carro duraba ocho horas, ida y regreso, más cuatro horas caminando, para un total de doce horas de "viaje" y tres o cuatro horas adicionales de entrevista al Jajbaná.

En la medida que las comunicaciones entre Pereira y la zona indígena son bien difíciles, en muchas ocasiones tuve que cambiar de planes porque o bien no se encontraba Mario en su casa o porque había algún derrumbe en la carretera.

En alguna ocasión llegué hasta la vereda de Sikuepa y al entrar en contacto con las autoridades del Cabildo indígena, me informaron que Mario Restrepo no se encontraba en su casa. Eran apenas las nueve de la mañana y me parecía terrible tener que devolverme a Pereira sin ninguna información nueva acerca de los Mitos y Leyendas de la comunidad. El cabildo me invitó a una corta reunión, intercambiamos algunas opiniones

sobre el estado en que se encontraba el trabajo que yo estaba realizando y de pronto uno de los asistentes me dijo que la mamá de Mario Restrepo, doña Domitila Siágama, vivía relativamente cerca y ella podía ser buena fuente de información. Me entusiasmé con la idea, así que le pedí el favor al Gobernador del Cabildo, Juan de Dios Enevia, que me consiguiera un guía para ir hasta la casa de doña Domitila. Así fué. Juan de Dios salió del salón en donde nos encontrábamos reunidos y le pidió el favor a un indígena que iba caminando por la carretera en dirección a la vereda de Chatas, sitio en donde vivía la mamá de Mario.

Yo siempre he tenido la precaución de hacer suficiente ejercicio para mantenerme en forma y poder superar sin mayores dificultades las largas jornadas que usualmente se deben realizar en la zona indígena cuando se trata de desplazamientos a Beké, Purembará, Kundumí, u otras veredas.

Sin embargo, estaba próximo a "sudar la gota gorda" en la caminata que se acercaba. Efectivamente, el indígena que me serviría de guía, ni siquiera me miró a la cara sino que principió a caminar por la carretera, a una velocidad que yo nunca había hecho. Ese primer tramo por carretera me sacó literalmente todo el aire que tenía y mi guía me dejó completamente rezagado a pesar del esfuerzo que yo hacía por emparejarme con él. Al llegar a Chatas, lo encontré parado y con cierto aire de molestia porque lo estaba haciendo demorar demasiado. Yo me encontraba con la ropa totalmente empapada en sudor, mientras que el guía exhibía un aire de tranquilidad desesperante.

Cree entonces que ya en el momento de abandonar la carretera y principiar a subir por el camino que nos conduciría a la casa de doña Domitila, mi acompañante reduciría el ritmo de su paso, porque de lo contrario, yo no disponía de fuerzas para caminar a esa velocidad. Pero...vana ilusión. El indígena inició el ascenso con renovados bríos y sin la menor preocupación por la suerte que yo pudiera correr. Normalmente ellos son poco comunicativos, sobre todo si se trata de personas desconocidas. Yo estaba seguro que había recibido la orden del Gobernador del Cabildo no sin cierta rabiécita, porque la encomienda que había recibido de servirme de guía, para él constituía una demora notable o sencillamente un "encarte".

Agotado hasta el infinito a pesar de que el trayecto no era muy largo, llegó un momento en que tuve que detenerme para descansar, a pesar de que mi compañero había puesto una notable distancia entre los dos, pues no lo veía por ninguna parte. Luego de descansar por un corto tiempo, reemprendí la subida y con asombro pude constatar que el indígena me estaba esperando en un recodo del camino. Por primera vez me miró detenidamente y cuando yo pensaba que me iba a hacer alguna recriminación por mi tardanza, me dijo:

- "¿Usted es "Vitor"?"

- "Sí", le respondí con cierta dificultad.

- "¿El que escribió una cartilla sobre nosotros?. (Se refería al primer libro que escribí sobre los Chamí, titulado "Historia de la comunidad indígena chamí")

- "Sí"

-“Ahhh, es que no lo conocía....por la cachucha”.

Se me volvió el alma al cuerpo, porque habiéndome reconocido, la cosa sería diferente. En efecto, a partir de ese momento disminuyó el paso y continuamente me preguntaba si quería que nos detuviéramos para descansar. Cuando yo le pregunté por qué razón iba antes tan de prisa me respondió simplemente: “Es que no lo conocía”. Eso, traducido a buen cristiano significa que a quien no conocen, lo tratan como a violín prestado, cuando se trata de caminar por las faldas de su territorio.

EL MUERTO CON LOS DEDOS AMARRADOS.

Una costumbre generalizada entre los negros del Chocó y entre la población de origen paisa, cuando alguien es asesinado y se desconoce el paradero del autor del crimen, es la de amarrarle al difunto los dedos gordos de los pies. De esa manera, se cree, el asesino puede ser capturado fácilmente, ya que se siente impotente para huir.

Me encontraba en condoto un fin de semana orientando una asignatura para los estudiantes de la Universidad Tecnológica con sede en dicha ciudad, cuando llegó un campesino hasta el Puesto de Policía, ubicado cerca de la casa en donde nos hospedábamos. El hombre estaba muy agitado, pues venía a poner en conocimiento de las autoridades, la muerte de un familiar en una apartada vereda del casco urbano.

Un sargento que estaba al mando del Puesto, le tomó los datos de rigor y con una tranquilidad pasmosa le respondió que al otro día desplazaría a la vereda a un policía para que capturara al homicida. Yo me encontraba en la entrada del Puesto de Policía, así que pude escuchar perfectamente la conversación sostenida entre el campesino y el Sargento de la policía. Cuando el campesino se alejó, me acerqué al Sargento y le pregunté:

- "¿Usted sí cree que mañana va a encontrar al homicida, así de fácil?"

- "No se preocupe, profé, el hombre no se vuela".

Como era un día sábado, esto significaba que al otro día, el domingo, se iría a producir la captura del homicida. Yo debía viajar a Pereira el domingo en las horas de la mañana, y por lo tanto tenía que esperar hasta la próxima semana para comprobar si la teoría del Sargento era cierta o nó.

Lo primero que hice cuando llegué en la horas de la tarde del jueves de la siguiente semana fue acercarme hasta el Puesto de Policía para averiguar por el Sargento y enterarme de lo que había sucedido el domingo anterior. El uniformado no se encontraba, pero pude entablar conversación con un agente de la policía, quien me puso al tanto de los acontecimientos. Coincidentalmente él había sido encargado de ir hasta la vereda donde ocurrió el homicidio. He aquí su relato:

" Míre, al hombre lo mataron cuando estaba en una fiesta. El que lo mató fue el mismo cuñado. Cuando yo llegué el domingo a la vereda, el homicida se encontraba al lado del cadáver de su cuñado, llorando y pidiendo perdón. No le quedaba otro remedio, porque al muerto le habían amarrado los dos dedos gordos y entonces el asesino no podía huir."

UN GOBERNADOR DE GOBERNADORES.

El desconocimiento que existe en algunas esferas gubernamentales a nivel departamental sobre la forma de gobierno de la comunidad indígena y el nombre de los funcionarios que en determinado momento ejercen alguna autoridad en el Cabildo, ha permitido que más de un "vivo" haya suplantado a las legítimas autoridades indígenas, con una facilidad que causa escalofrío.

Estas son algunas de las situaciones que se han presentado en ese sentido, todas protagonizadas por el mismo indígena, que se autocalificaba de GOBERNADOR DE GOBERNADORES.

Jairo Chicamá es un joven indígena, de aproximadamente 22 años, nacido en el Chamí y quien tuvo la oportunidad de realizar sus estudios primarios en el Internado de Purembará. Desde muy joven mostró ser un joven muy inteligente y dueño de una gran facilidad para convencer por medio de la palabra. Por eso mismo, algún político le consiguió un puesto en la sección de Rentas Departamentales, lo que le permitió al cabo de algunos años tener un buen dominio del español y aprender algunas "mañas" y potenciar otras que ya conocía.

La primera experiencia un poco ingrata que tuve con Jairo fue a raíz de la entrega de unos predios a los indígenas de Citabará. Por medio del Incora y gracias a los buenos oficios de Juan Guillermo Angel, se le adjudicaron dos predios a los indígenas de dicha vereda, pero en la medida que se encontraban por fuera de los dos Resguardos que existían por aquella época, los trámites para la entrega de los predios, se demoró más de lo normal. Dicha demora fue aprovechada por Jairo Chicamá, quien se hizo presente en la vereda y les dijo a los indígenas que la demora se debía a que faltaban treinta mil pesos (\$30.000.00) para la realización de unos trámites. Obviamente que Jairo se presentó como representante del Cabildo de Purembará, la comunidad le dió toda la credibilidad y le entregó el dinero, recogido gran dificultad.

En una ocasión cuando estuve en una asamblea de la comunidad, el Gobernador veredal me informó que ya casi les iban a entregar los predios, pues ya le habían entregado a Jairo Chicamá, la plata para los trámites. Yo me sorprendí un poco con la noticia, pero al regresar a Pereira me puse en contacto con los funcionarios de Incora, quienes me informaron que ni conocían a Jairo, ni el problema era de dinero para los trámites. Total, fueron asaltados en su buena fé y los indígenas prometerieron que si volvía por esos lados le iban a bajar los pantalones para darle "plan". Todavía lo lo están esperando, porque nunca más volvió a presentarse por la vereda.

Pasó algún tiempo sin tener noticias del Jairo, pero volvió a aparecer en escena a raíz de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente. Resulta que el hombre fue a parar a Bogotá y se presentó en la sede de

campaña de Lorenzo Muelas, viajó hasta el Cauca para hacerle proselitismo a este líder indígena y le solicitó dinero para ir hasta el Chamí y hacerle campaña. Por esos días, se desplazó desde Bogotá un seguidor de Francisco Rojas Birry hasta el Chamí, para entregar unas camisetas de propaganda y dar a conocer el programa de dicho líder indígena. Jairo se enteró y le propuso que él lo acompañaba. El ingenuo líder, que no conocía ni a Jairo ni al chamí, aceptó gustoso, repartieron las camisetas y se vinieron desde Bogotá. Yo me encontraba casualmente en Purembará y pude presenciar la llegada del delegado de Rojas Birry. Era un mes de lluvias intensas y los caminos se encontraban intransitables. Ya había oscurecido y el dicho delegado arribó a Purembará, embarrado hasta los tobillos, se presentó ante las autoridades del Cabildo y luego entablamos la siguiente conversación:

- "¿Cuándo salió de Bogotá?", le pregunté.

- "Nos vinimos bien madrugaditos y llegamos a Mistrató como a las dos de la tarde".

Yo miraba para todos lados tratando de encontrar a los otras personas que supuestamente venían con él, pues hablaba de "vinimos".

- "¿Vino con otras personas?", nuevamente le pregunté, con cierta curiosidad.

- "Me vine con uno del Cabildo de aquí".

Ya la curiosidad no solamente fue mía sino de los miembros del Cabildo que allí se encontraban, pues no tenían noticia de que en Bogotá se encontrara ninguno

de sus miembros, así que el Gobernador indígena se me adelantó y le dijo:

"Y, ¿cómo se llama el del Cabildo?"

"Se llama Jairo...pero no me acuerdo del apellido. El se quedó en Mistrató haciendo unas diligencias pero no demora en llegar porque trae las camisetas para repartir".

Tanto los miembros del cabildo como yo quedamos petrificados cuando oímos el nombre de Jairo, pues no nos quedaba duda que se trataba de Jairo Chicamá. Los miembros del Cabildo se retiraron, con una actitud nerviosa mezclada con rabia.

Solamente hasta la once de la noche nos fuimos a dormir, esperando que llegara Jairo, pues creíamos, con cierta inocencia que debido al mal estado del camino, había tenido algunas dificultades para llegar mas temprano. Amaneció y siguió amaneciendo y así, día tras día, sin que hasta el momento haya aparecido Jairo con la camisetas.

Cero y van dos. La tercera experiencia se presentó cuando Jairo, resolvió autonombrarse Gobernador General de los dos Resguardos y principió a solicitar ayuda para la comunidad, en ciertos Supermercados, almacenes e incluso una óptica. Resulta que al pedir colaboración en efectivo en una óptica, el dueño del establecimiento le ofreció colaboración, entregándole unas tarjetas para que las repartiera entre los miembros de la comunidad que necesitaran un examen de los ojos, y realizarlo en forma gratuita. Ni corto ni perezoso nuestro amigo Jairo aceptó la oferta y luego se desplazó

a la zona indígena vendiendo las tarjetas a los indígenas a mil pesos, diciendo que con dicha tarjeta podían reclamar un mercado gratis en ese establecimiento. Ya se podrán imaginar los líos que armó nuestro personaje. Lo anterior motivó a los Gobernadores de los Resguardos a expedir unos comunicados de prensa en donde se denunciaban los abusos que nombre de la comunidad venía haciendo Jairo Chicamá.

En otra ocasión, había una indígena hospitalizada porque tenía problemas de parálisis en sus dos miembros inferiores y estaba perdiendo la vista de manera acelerada. Cuando ya los médicos consideraron que no podían hacer nada por su mejoría, el marido me pidió el favor de interceder para que el Servicio Seccional de Salud la transportara hasta la vereda de Citabará, donde ella residía. Vuelta va y vuelta viene y al fin se logró que la ambulancia de Mistrató prestara el servicio, de manera que se acordó el día y la hora para el viaje. Yo me despreocupé del asunto, creyendo que el transporte de la enferma se había realizado de acuerdo al plan acordado. Sorpresa mayúscula me llevó cuando a los tres días me llamó el marido de la enferma para decirme que no la habían llevado. De inmediato me trasladé al Hospital San Jorge para averiguar qué había pasado y he aquí lo que me respondió la Enfermera Jefe:

“Aquí vino un indígena diciendo que él era el Gobernador General de la comunidad y que no permitía que a la enferma le dieran salida. Ante esa situación, tuvimos decirle al chofer de la ambulancia, que la enferma no podía viajar”. A esta altura todavía no he podido explicar qué fue lo que pasó ni me he podido encontrar con Jairo para preguntarle la razón para que hubiera hecho eso. No hay ninguna duda acerca de la

identidad de Jairo, porque la descripción que hicieron algunas enfermeras de él, coincidían perfectamente con su figura: un indígena relativamente joven, de unos veinte años y de baja estatura. Ahí estaba retratado de cuerpo entero. Además, conversé luego con los dos Gobernadores de los Cabildos y ninguna había dado ese tipo de orden en el Hospital.

Y como no hay quinto malo, he aquí el último episodio cuyo protagonista principal era Jairo: una estudiante de la Universidad Tecnológica, esposa de un alto ex-funcionario de la administración Municipal de Pereira me solicitó una cita con el fin de que le prestara una asesoría para la elaboración de un trabajo sobre la comunidad Chamí. Acordamos la cita y ella se presentó, discutimos sobre el plan del trabajo, le entregué algunos materiales y cuando le dije que si necesitaba otro tipo de material, no dudara en llamarme. Entonces con aire de suficiencia me dijo:

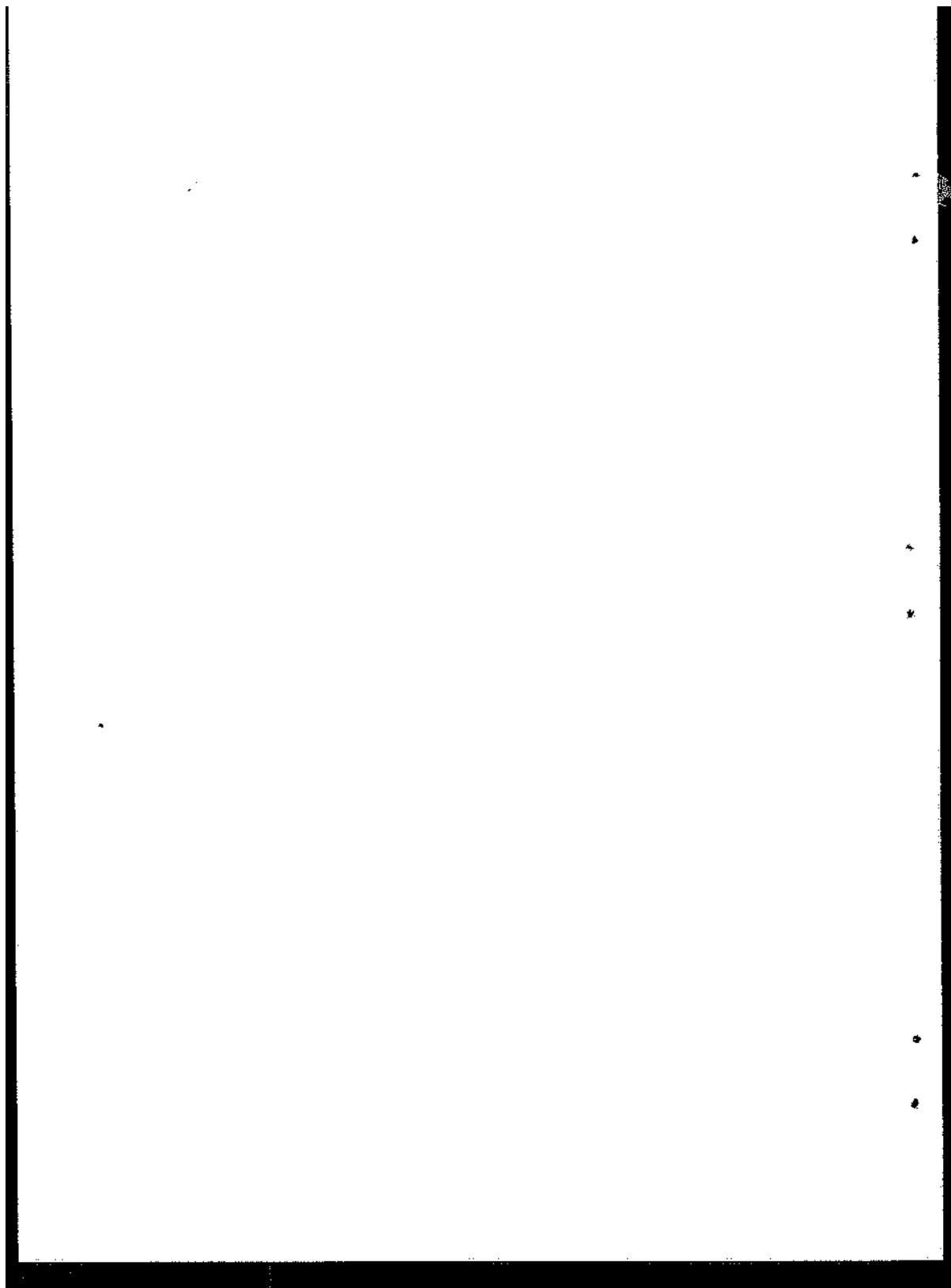
- "Yo creo que con esto es suficiente, porque además me está asesorando el Gobernador General de los dos Resguardos".

Ese título ya lo había escuchado antes, de manera que no sin razón, quedé intrigado, y entonces le pregunté por el nombre del Gobernador General.

- "Se llama Jairo chicamá y mi esposo le tiene una pequeña oficina con teléfono para que él despache desde allí los asuntos de la comunidad".

Cuando yo le dije quién era Jairo y le contenté algunas de las "bellezas" que había hecho, quedó enmudecida por un rato. Luego me contó que su esposo le había

regalado centenares de cuadernos para que repartiera en la zona indígena, así como otra clase de auxilios, dando por hecho que se trataba efectivamente de un Gobernador General.



TAN INTELIGENTES LOS MEMES.

De tanto viajar a la zona indígena, las posibilidades de compartir o simplemente oír opiniones de los pobladores de Mistrató, San Antonio del Chamí y los colonos que a veces recojo en la carretera, sobre los indígenas, son muy grandes. De vez en cuando se encuentra uno con personas que, al referirse al indígena lo hacen con cierto respeto y admiración, mientras que otras lo hacen usando términos despectivos, como "irracional", "meme", "salvaje" y otros, no castizos.

Voy a transcribir dos conversaciones que sostuve con personas diferentes. La primera fue con un joven colono que me encontré en la carretera que de Mistrato conduce a San Antonio del Chamí:

- "¿Para dónde va usted?" fue la pregunta que le hice cuando se montó en el vehículo.

- " Por allí no más... un poquito adelante de Mampay"

- "Y usted, ¿hasta dónde va?" me preguntó.

- "Voy a una reunión con los indígenas, en la vereda de S ikuepa"¹²

¹² Quebrada de cangrejos.

- "Oiga, ¿verdad que los indígenas viven por estos lados, desde hace mucho tiempo?"

- "Sí, ellos tenían un Resguardo que comprendía toda el área del actual Municipio de Pueblo Rico, Mistrató y parte de Bagadó en el Chocó"

Con cierto aire de asombro volvió a preguntar:

- "¿O sea que ellos estaban apoderados de todos estos terrenos?"

Con su pregunta dejaba en evidencia que para él, los invasores no eran los españoles ni los colonos de origen antioqueño y caucano, sino los indígenas. Paradojas de la vida: los indígenas eran extraños en su propio territorio.

La otra conversación la sostuve con la dueña de un pequeño kiosco en la localidad de Mistrató. Era una de esas ocasiones en la que había madrugado mucho para ir hasta la zona indígena, así que llegué a las seis y media de la mañana a Mistrató y me detuve con mi vehículo frente al kiosco, para tomarme un tinto.

- "Oiga señor, yo lo veo a usted pasar mucho por aquí, ¿es que tiene finca por estos lados?"

- "No señora, lo que pasa es que visito la zona indígena con mucha frecuencia"

- "¿Cómo así?. ¿y a usted no le da mucho miedo que esos Memes le hagan algo?"

- "No señora, yo voy con frecuencia y hasta ahora no me ha pasado nada"

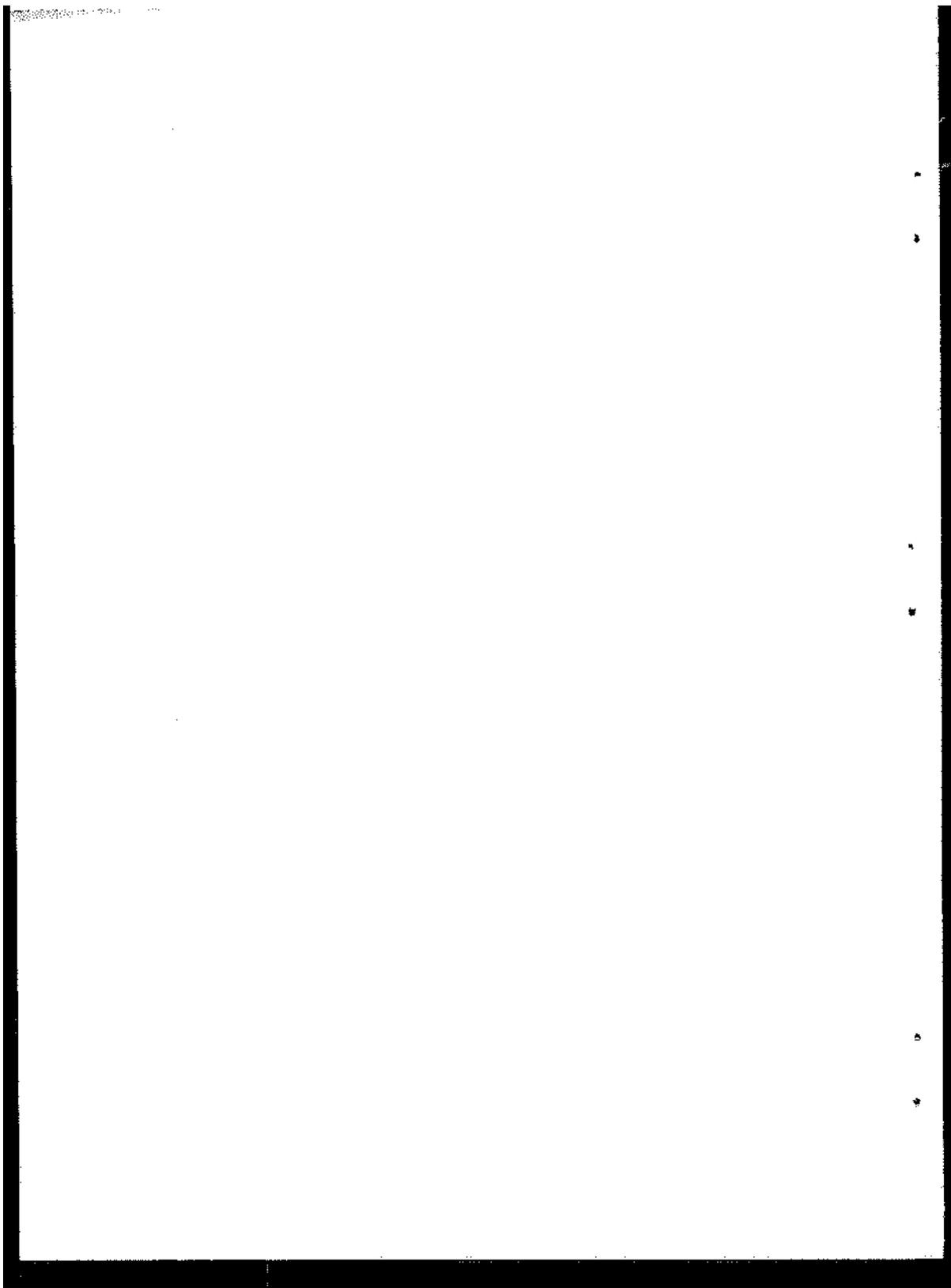
- "Vea pues, miijo, ¡muchacha gracia!. Claro que yo sí digo que esos irracionales tienen que tener algo de inteligencia, porque no solamente hablan esa lengua toda rara, sino también se hacen entender en Castellano."

Para terminar, quiero hacer referencia a una inquietud que me planteaba un indígena, sobre el tratamiento le daban a los indígenas en el Hospital de Misstrató, por parte de algunas empleadas:

- "Oiga, Vitor, ¿qué quiere decir irracional?"

- "Pues hombre, quiere decir, que no piensa, que es como una animal. ¿Por qué me pregunta eso?"

- "Porque una vez fui al Hospital a preguntar por un familiar que estaba enfermo y una señorita me dijo: "Aquí solamente hay "racionales".



MAMI, ¿ Y ESTO CÓMO SE PRENDE?

Así como en determinado momento se encuentra uno con funcionarios públicos que van a la zona indígena "por cumplir", pero sin ninguna mística y deseos de servicio a la comunidad, así también es posible encontrar a algunos que soportan con paciencia todas las adversidades que se les presenta y hacen su trabajo con entusiasmo y gran sentido de responsabilidad profesional, como es el caso de esta funcionaria a la cual me voy a referir.

Iba yo acompañado de una funcionaria de la Secretaría de Educación con destino al Internado de Purembará, para cumplir una etapa de profesionalización para los maestros indígenas. La funcionaria había llevado a su hijo, de aproximadamente diez años, quien por primera vez conocía el Cañón del Chamí.

Era un domingo por la tarde cuando llegamos hasta el sitio en donde se inicia el camino hacia Purembará. Allí debíamos esperar los caballos que traían desde el Internado. Infortunadamente el Cabildo indígena solo nos proporcionó dos caballos, a pesar de la insistencia previa de la funcionaria en el sentido de que se necesitaban tres animales. Yo le propuse a la funcionaria que se montara en uno de los animales y el otro se lo diera al hijo, pues el camino estaba lleno de lodo, muy liso y él no tenía experiencia para caminar

por esas trochas. No aceptó mi propuesta, de manera que ella prefirió subir a pié, como lo había hecho tantas veces. Es una mujer que no se amilana por nada, lo que le había permitido en algunas ocasiones subir de noche y sola hasta Purembará.

El joven se encontraba indeciso, pues no sabía si subir a pie para acompañar a su mamá, o montarse en el caballo. Ambas situaciones eran bien complicadas para él. Nunca había montado a caballo y de otro lado estaba acostumbrado a caminar por el pavimento de la ciudad y en terreno plano.

A regañadientes y debido a la presión de la mamá, el joven aceptó montarse en el caballo, con la condición de que permaneciéramos cerca de él. En realidad yo estaba tranquilo porque algunos maestros indígenas habían bajado de Purembará y nos acompañarían durante el recorrido. Muy seguramente otro de los motivos para que el joven se encontrara inquieto era el hecho de que llovía de manera torrencial.

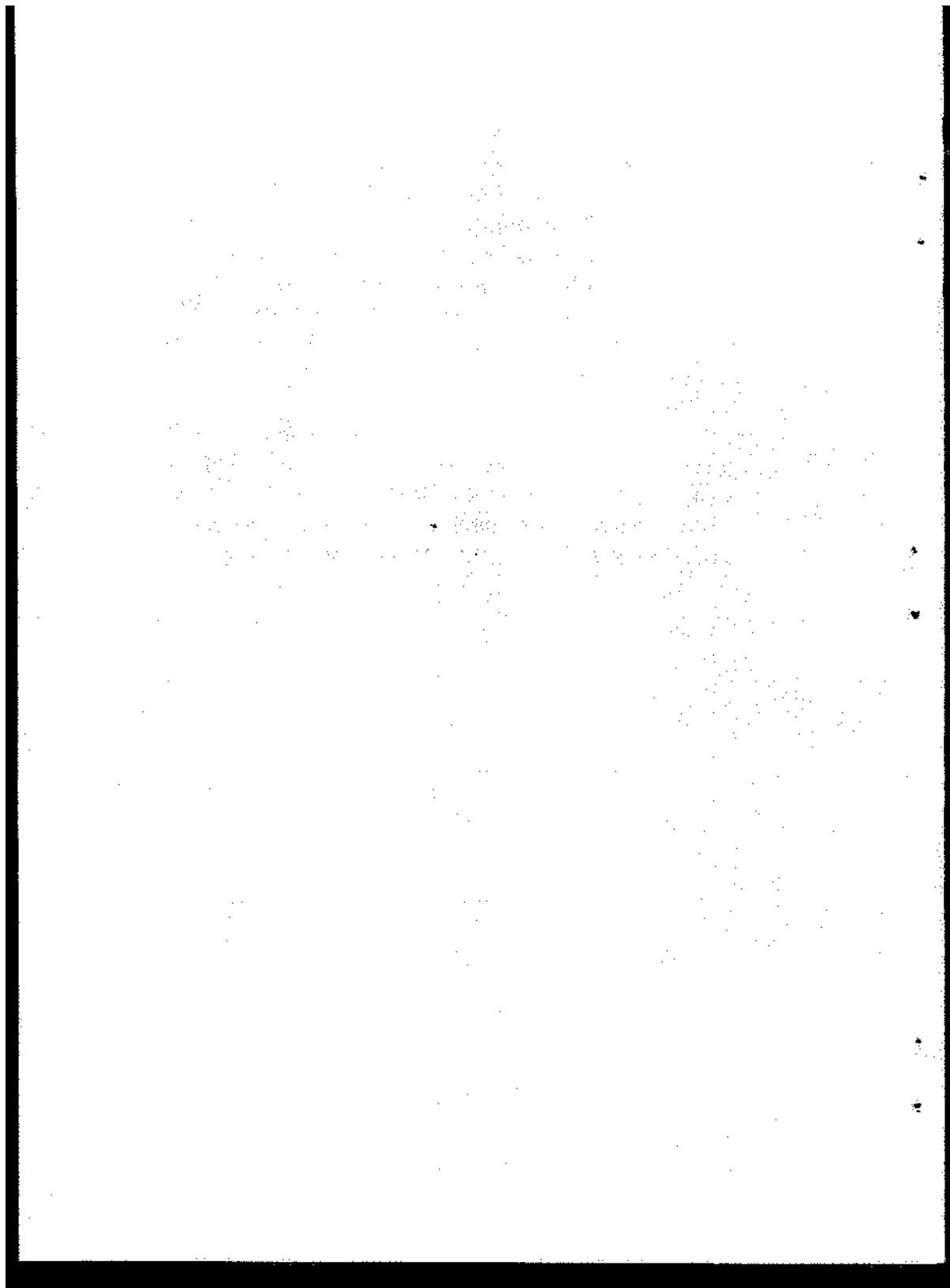
Yo monté en mi caballo e inicié el ascenso. La funcionaria había partido un poco antes, para evitar que en el primer tramo de camino, que es muy angosto, pudiera ser atropellada por los caballos. El joven por su parte montó en su caballo ayudado por un indígena y al notar que el animal no arrancaba, y nosotros ya estábamos en camino, empezó a gritar a todo pulmón:

“¡Mami!, ¿Y esto cómo se prende?”

La risa burlona de los indígenas no se hizo esperar y la mamá, en un dos por tres estaba al lado de su hijo, diciéndole cómo debía tomar la rienda del caballo y

ponerlo a caminar. Todo solucionado. iniciamos lentamente el ascenso sin mayor contratiempo, excepto en un tramo del camino en donde se había caído una rama de un árbol y era necesario, para quienes íbamos montados a caballo, que nos agacháramos para evitar ser golpeados con la rama. El joven venía distraído y recibió en toda la frente el golpe, de manera que otra vez se oyó el: "¡Mami!, mis gafas". Como una exhalación la mamá se metió en el físico barro y pudo rescatar los anteojos del hijo.

Sobra decir que el joven tuvo que aguantar con paciencia las bromas de los indígenas durante toda la semana que estuvimos dictando el curso en Purembará, pues para ellos era inaudito que alguien pensara que a los animales se les pudiera "prender" como a un carro.



LE CONSEGUIMOS NOVIA.

En el año de 1988, después de haber terminado el año sabático que me había concedido la Universidad, mi esposa murió en un accidente automovilístico. Yo regresé a la zona indígena a finales de ese año al Chamí, pues había trabajado con ellos durante todo el año anterior y ellos querían que hiciéramos algunos talleres para dar a conocer más ampliamente la información sobre la historia de la comunidad, en base a los documentos que yo había consultado, tanto en Bogotá como en Popayán.

Posteriormente, en el año de 1989, principiaron a preguntarme si yo me había vuelto a casar o si permanecía soltero. Para el indígena, la vida es inconcebible si no se tiene vida de pareja, de manera que cada vez más, sentía la presión de la comunidad para que me decidiera a conseguir una nueva esposa.

En alguna ocasión me comentaba una monja Laurita que una joven indígena estaba interesada en ingresar a la comunidad, como religiosa, pero encontró la más tenaz resistencia por parte de los padres, quienes aducían que a nadie se le ocurriría permanecer en estado de soltería toda la vida. La joven tuvo que desistir de su intento.

En ese año de 1989 estuve trabajando muy de cerca con los indígenas asentados en la vereda de Citabará y coincidentalmente la esposa del Gobernador de dicha vereda, murió ese año. Al año siguiente (1990) el viudo consiguió novia y se casó en el mes de diciembre, matrimonio en el cual ofició de padrino. La nueva esposa era una joven mestiza, hija de un paisa y una indígena, que vivían en Mistrató.

En varias ocasiones visit la pareja en una finca cercana al casco urbano de Mistrató, pues el indígena había renunciado al cargo de Gobernador veredal para establecerse en el sitio mencionado, en calidad de administrador. Cuando yo le preguntaba cómo le estaba yendo en su nuevo matrimonio, siempre me respondía: "Muy bien, la muchacha es muy guapa para trabajar, bien guapita". El por su parte me preguntaba si yo me había casado o si tenía intenciones de hacerlo. Un día le dije, más en broma que en serio, que yo s quería volverme a casar pero que era difícil conseguir novia. ¡Fuerte "metida de pata", la mía!

Era un día domingo y me encontraba en Mistrató conversando con don Saulo Palomino, en su local ubicado en la plaza principal. De pronto o que alguien me llamaba y al salir del local, me encontr con la pareja de recién casados, que venían acompañados de una joven.

- "Vítor, vea, le presento a Dioselina, ella es la hermana de mi señora", me dijo el indígena, con cierto aire de satisfacción.

Yo los salud y nos quedamos conversando un rato hasta el momento en que el indígena me hizo señas de

que quería conversar en privado conmigo. Nos apartamos un poco de su esposa y su cuñada y entonces me dijo en voz baja:

- “ Ella es la hermana de mi señora, y yo ya le dije que usted estaba buscando novia, invítela a tomar pintadito”. Acto seguido se retiró con su señora y me dejó solo con su cuñada. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Ella podía ver claramente mi perturbación, así que dejaba escapar una sonrisa tímida, meneaba la cabeza y se agachaba, se tomaba las dos manos y las balanceaba de lado a lado como aquellos niños tratando de acordarse de una lección en la escuela. Ella esperaba que yo iniciara el “cortejo”.

La invité entonces a una cafetería, yo pedí un tinto y ella un pintadito. Le pregunté por sus padres, dónde vivían, hasta qué año había estudiado, cómo le parecía el clima de tal manera que fue un verdadero “bombardeo” con preguntas, a las cuales siempre respondía con monosílabos. Agotado mi repertorio de preguntas, principié a mirar hacia la plaza principal, pues la cafetería se encontraba ubicada en una esquina de dicha plaza, tratando de encontrar a mi amigo el indígena para lanzarle unas señales de auxilio. De pronto lo alcancé a ver y noté que me movía las manos tratándome de preguntar cómo me estaba yendo. La joven con la cual me encontraba también alcanzó a verlo, así que se sonrió tímidamente, y como de costumbre, agachó la cabeza. Mi amigo no se dió por aludido, así que permanecí callado por un rato, mientras mi acompañante hacía círculos en el piso con la punta del zapato derecho.

De un momento a otro la joven me miró y me dijo:

- "Vitor, ¿y usted sí quiere casarse?"

- " Pues yo sí...lo que pasa es que es difícil conseguir una...novia"

- "Es que mi cuñado me dijo que usted...bucno...yo...¿sí me entiende?"

En ese momento deseaba literalmente "desaparecer", porque no esperaba esa confrontación tan directa. Creo que cambié de colores y principié a sudar a pesar del frío que estaba haciendo esa mañana. De pronto apareció en la cafetería un antiguo amigo mío, me saludo, le presenté a mi joven acompañante y cuando él insinuó que volvería luego para no interrumpir, le pedí el favor de que se sentara para hacerle algunas preguntas. La situación regresó a la normalidad, y al poco rato apareció mi "protector", el cuñado de Dioselina para decirle que ya era hora de salir para la finca. El me miró y yo le "piqué" el ojo, como diciéndolo que todo estaba en regla y le dije que después hablábamos.

Desde ese día, los encuentros con don Saulo han sido más esporádicos, previendo que me vuelva a enfrentar a otra "encerrona".

LA UNITED FRUIT COMPANY EN SANTA CECILIA

Con cierta frecuencia existen "almas caritativas" que con muy buena intención propician un despilfarro de recursos al llevar a la comunidad indígena implementos que son difíciles de usar en la zona o que implican unos procesos de adaptación bien difíciles por parte de sus pobladores.

Hace aproximadamente diez años, a un sacerdote le pareció inhumano que los aborígenes tuvieran que ir al monte para satisfacer sus necesidades biológicas, de manera que reunió unos recursos y compró unas tazas sanitarias para llevarlas a las familias indígenas. Al poco tiempo tuve la oportunidad de visitar algunas veredas del Resguardo y pude observar que al frente de algunos tambos había unos artefactos de porcelana llenos de tierra y con maleza a bordo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me percaté de que se eran las tazas sanitarias sin el tanque de aprovisionamiento de agua. Al indagar sobre la razón por la cual habían colocado esos artefactos al frente de la casa y le daban ese uso, me respondieron que era para que se viera "bonito", "como adorno".

Indagué un poco más sobre el asunto y pude constatar que los sanitarios fueron entregados y se les dió a los

indígenas una breve explicación sobre la manera de utilizarlos. Ellos sin embargo no tenían ni idea de que los sanitarios funcionaban con agua y que era necesario hacer un pozo séptico. Por otro lado, nosotros asumimos que un cambio de conducta en cuanto a "sentarse en una taza" sanitaria, es cuestión de una rápida explicación, pero la verdad es que se necesita un largo período para abandonar la práctica tradicional y asumir unos nuevos comportamientos. Conversando con un profesional de origen choqano que se había criado a orillas del río Atrato y luego vino a una ciudad del interior para realizar sus estudios secundarios y universitarios, me decía que hubo dos cosas a las cuales se adaptó con mucha dificultad: utilizar el sanitario y bañarse en ducha. Al fin y al cabo durante toda su vida se había bañado en el río y resolvía sus necesidades biológicas en el monte, adoptando una posición en cuclillas. No es pues, así de fácil, cambiar una costumbre que se ha practicado por años.

Situación similar ocurrió con unos colchones que se repartieron por aquella época, pues los indígenas siempre han estado acostumbrados a dormir sobre un pequeño tendido que colocan sobre el piso de esterilla de guadua. Si se le pregunta a un médico qué es lo más saludable, si dormir sobre una superficie dura o blanda, no hay duda que recomienda la primera, es decir, la que por cientos de años han utilizado los indígenas.

También es frecuente encontrar "almas caritativas" que con el fin de hacer más dinámicas y novedosas las capacitaciones para los indígenas, introducen materiales didácticos que lejos de producir efectos positivos, confunden a las personas que asisten a los cursos.

Sucedió en Santa Cecilia, sitio en el cual se reunieron todos los gobernadores vredales de la comunidad indígena. El objetivo era capacitar a los indígenas para el manejo de una plaga que estaba azotando a las matas de plátano. El funcionario encargado de dicha capacitación había llevado un televisor con su respectivo VHS para la presentación de un video en donde se mostraba en forma "didáctica" la mejor manera de cuidar las matas de plátano. Los indígenas estaban muy motivados porque era muy novedoso para ellos el poder observar un video, así que muy juiciosos se fueron sentando en las sillas de un salón del Colegio, sitio escogido para la capacitación.

Inicialmente el funcionario explicó de qué se trataba el video y les dijo que al final respondería las preguntas sobre los aspectos que no hubieran entendido sobre el video.

Se inició la "función" y yo, ubicado en una de las sillas de adelante, pude observar el "juicio" con el cual los indígenas observaban las imágenes de la pantalla. Casi que no parpadeaban y se les notaba en el rostro la satisfacción por la presentación que se les estaba haciendo sobre el tema del plátano.

Pero, ¡horror!, el video había sido diseñado para campesinos paisas, pues la persona encargada de hacer la locución en el video, hablaba a "mil", a tal punto que los indígenas no entendían ni "jota" y solamente escuchaban los ruidos acelerados del personaje que aparecía en la pantalla del televisor. Aún más, podría apostar que ni siquiera un campesino con dominio del español, hubiera podido entender gran cosa del video, porque los términos utilizados en él, requerían cierto

grado de conocimientos, adquiridos en el bachillerado. Voy a citar casi textualmente algunos de los pasajes de la narración, para respaldar mi aseveración: “ Como ustedes saben, la variedad Cavendish fue introducida en Colombia en el año de 1.9..... que produjo unos muy buenos resultados sobre todo en la zona bananera del Magdalena, en donde se presentaron los conflictos posteriormente, entre los trabajadores y la United Fruit Company...”. O esta otra parte : “ Si hacemos un corte transversal en la base, podemos observar la radícula. o esbozo del embrión...”. Dicho y hecho. Se terminó la proyección del video y cuando el funcionario les dijo que esperaba oír las preguntas que tuvieran, un indígena se levantó y le dijo: “Oiga señor, ¿no sería mejor que nos explicara allí afuerita donde hay unas matas de plátano?. En efecto, afuera del salón había unas matas de plátano, cuyas grandes hojas casi que entraban al salón, pero como tantos maestros que trabajan en el campo, llevaron a los alumnos al salón para explicar la diferencia entre las hojas lanceolados, acorazonadas, etc. cuando en la huerta se pueden observar de cuerpo entero, sin necesidad de dibujarlas en el tablero.

VENENO QUE NO MATA ENGORDA

Siempre ha existido una gran preocupación por parte de los funcionarios oficiales encargados de los asuntos agropecuarios, por introducir en la comunidad chami, semillas "mejoradas" de maíz, pues se considera que la variedad ancestralmente difundida en el territorio chocoano y vulgarmente conocida como maíz "indio", tiene unos granos muy pequeños y su valor nutritivo es muy limitado. Sin embargo, es un maíz que al tostarlo y molerlo da como resultado una harina de olor muy agradable y de sabor delicioso cuando se mezcla con panela raspada o azúcar. Estas características son difíciles de encontrar en otras variedades que se han tratado de introducir por parte de los agrónomos o expertos agrícolas. Habría que anotar además, que dicho maíz "indio" es muy resistente a las plagas.

La sorpresa que me llevé fue mayúscula cuando en alguna ocasión le oí a un funcionario, en el marco de una reunión, decir lo siguiente: "Trabajar con los indios es muy difícil, porque cada vez que se les entrega una semilla "mejorada", se la comen".

Lo que planteaba el funcionario en cuestión era verdad, pero una verdad a medias. Afortunadamente yo había estado presente el día que el "capacitador" estuvo adelantando un pequeño curso con algunos miembros de la comunidad, para explicarles la bondad de una nueva

variedad de maíz que les iban a obsequiar, con carácter experimental. Sucedió en buena parte, lo mismo que ocurre con aquellos capacitadores que previamente no han recibido una "capacitación" adecuada sobre la mejor manera de comunicarse con los indígenas y por lo tanto llegan a darles algunas charlas con el desconocimiento más grande sobre elementales principios de pedagogía.

Yo estuve presente en la escuela de la vereda de Sickuepa cuando se realizó el "taller" dirigido por el funcionario ya mencionado. Había llevado unas bolsas con la semilla "mejorada" y entonces principió a explicar en el tablero cómo se hacían los almácigos para sembrar las semillas que había traído. les habló de las ventajas de esa nueva variedad y a lo último les repartió las semillas y se comprometió a regresar al término de un mes para que los indígenas le contaran sus experiencias con la siembra del maíz.

Efectivamente, al mes, muy cumplido el funcionario, llegó otra vez a Sickuepa. los indígenas en un número aproximado de 30 habían llegado temprano a la cita. El funcionario se puso al frente del grupo y entonces lanzó la siguiente pregunta: "¿Cómo les fue con los almácigos?". Los indígenas ni se inmutaron. de manera que otra vez volvió a preguntar: "¿Qué pasó con los almácigos?". Y nada, nadie respondía. El funcionario, ya un poco desesperado y queriéndose salir de casillas volvió a preguntar: "¡yo dije que iba a venir para que me dijeran cómo les había ido con los almácigos!, ¿qué pasó?". Un indígena entonces lanzó la siguiente exclamación: "¿Almácigo?", y mirando primero al capacitador, el indígena volvió a repetir la misma interrogación pero mirando a un compañero que se

encontraba al lado. De inmediato la misma pregunta principió a circular entre los indígenas, de manera que cuando uno le decía al otro ¿almácigo?, de inmediato el otro le hacía la misma pregunta a su compañero y así sucesivamente, hasta intervenir todos los asistentes. El desconcierto y la rabia del funcionario no se hizo esperar cuando después de mucho rato el indígena le preguntó si lo que quería saber era qué había pasado con el maíz. El funcionario dijo que sí, que le dijeran qué había pasado con el maíz, a lo cual le respondió: "Maíz comimos". Quedaba patente que ellos no habían entendido nada sobre almácigos ni nada de lo que les había explicado en la sesión anterior. Total, los indígenas se comieron la semilla "mejorada", que entre otras cosas había sido tratada con veneno para que no fuera atacada por las plagas.

Nuestro funcionario, en medio de la frustración y la rabia, se montó en su vehículo y juró que no volvería ni a palos por esos lugares.

Yo me quedé un rato con los indígenas, tratando de averiguar qué había pasado y he aquí la razón dada por los indígenas: "Ese señor cuando vino dijo que "probáramos" el maíz, entonces nosotros comimos para probar". Como dice el cuento: una cosa piensa el burro y otra el que la está enjalmando: el funcionario había dicho en su charla previa, que se trataba de "probar" una nueva especie, es decir, comprobar si se podía aclimatar en el medio, para que fuera adoptada por la comunidad. Pero una cosa es "probar", de comprobar y otra, "probar" de saborear. Solo que al funcionario se le olvidó decir a qué tipo de prueba se refería.

De todas maneras el funcionario debió haberse sentido satisfecho en la medida que no hubo muertos ni enfermos entre los indígenas, por ingerir un maíz envenenado.

LAS BORRACHERAS CON "BICHE"

Las bebidas embriagantes tradicionales en la comunidad indígena son la chicha de maíz y la de chontaduro. Dichas bebidas eran y aún siguen siendo utilizadas sobre todo en las diversas ceremonias especiales que se realizan al interior de la comunidad cuando nace un niño, se festeja el paso de niña a mujer o se realiza un matrimonio.

Sin embargo, a medida que el español y el mestizo hizo su aparición en dicha zona, se fueron introduciendo otro tipo de bebidas embriagantes que fueron adoptadas por la comunidad, con graves consecuencias desde el punto de vista social y de la salud.

Conversando con algunos antiguos pobladores de San Antonio del Chami, me decían que aproximadamente a partir de 1940, cuando la población "paisa" había crecido notablemente en dicho caserío como resultado de la creación de una colonia agrícola impulsada por el Gobierno de Caldas, algunos comerciantes principiaron a vender la bebida conocida como "guaya", que era una mezcla de un producto conocido como Bay-Run - alcohol perfumado- con gaseosa. El producto se expendía en forma clandestina y las principales víctimas eran los indígenas que llegaban hasta el caserío para realizar sus transacciones comerciales. Los mestizos o colonos también demandaban dicha bebida, pero en

menor proporción. Por aquella época San Antonio del Chamí vivió una época de bonanza pasajera, debido a la explotación de las minas de oro ubicadas en Puerto de Oro por parte de una compañía norteamericana. En el trabajo minero tuvieron empleo directo o indirecto, muchos indígenas.

La otra bebida fue introducida por los "paisas" a medida que crecieron las plantaciones de caña panelera en la zona, y es conocida como "biche". Este producto es el resultado de la destilación por medio artesanales del guarapo de la caña. Los indígenas, así como los negros, han seguido consumiendo dicho producto y aprendieron a fabricarlo rápidamente. El procedimiento para la destilación del biche, entre los indígenas es el siguiente: el guarapo lo introducen en una olla grande barro y le colocan una tapa metálica en la parte superior, sellada en los bordes con masa de plátano verde. A la tapa le hacen un orificio por donde le introducen un tubo metálico largo. La olla la colocan en un fogón de leña y cuando el vapor de la olla principia a salir por el extremo del tubo, le colocan un pequeño chorro de agua fría, para que el vapor se convierta en pequeñas gotas que recogen usualmente en una botella en la cual se envasa el aguardiente. El producto que se obtiene es alcohol, al cual le agregan un poco de panela raspada y una que otra hierba aromática para darle sabor.

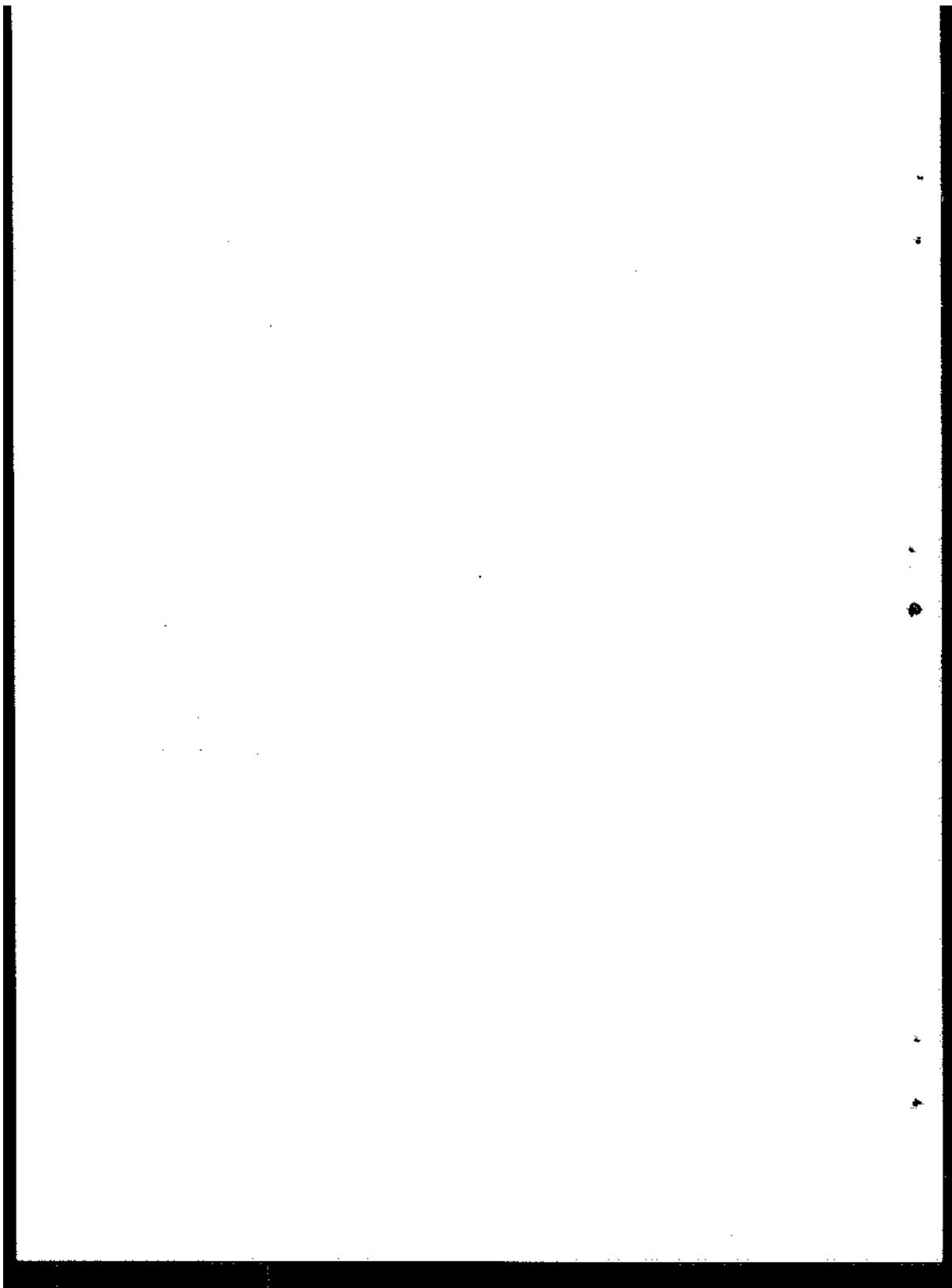
Está perfectamente comprobado que el ingerir esta clase de bebida, puede producir ceguera.

Es apenas lógico que cuando uno es invitado a una ceremonia, debe ingerir dicho licor, con los consabidos peligros. Sin embargo, después de muchas "primiparadas", pude encontrar la fórmula para "beber"

el biche sin ingerirlo. Como quiera que usualmente el biche lo envasan en botellas, cuando me la pasaban para que tomara un sorbo, lo que hacía era colocar el "pico" de la botella en los labios, pero colocando la lengua en el orificio de salida, y de inmediato soplabo para que se produjeran algunas burbujas y se diera la impresión de que había tomada una buena porción del líquido.

Hay dos cosas que uno aprende con cierta rapidez: no es posible caminar al ritmo de los indígenas, ni emparejarse a tomar biche con ellos.

En una ocasión un indígena me invitó a su casa, en donde se encontraban algunos amigos de él. Al rato de estar conversando, el dueño de la casa sacó una botella de biche y principió a hacerla circular entre los que allí nos encontrábamos. Pasada va y pasada viene, de manera que los indígenas bebían mientras que yo "taponaba" el pico de la botella con la lengua. Después de varias horas de estar bebiendo, los indígenas principiaron a dar muestras de borrachera, mientras que yo, permanecía "intacto". Eso mereció un gran elogio por parte de uno de ellos, cuando exclamó: ¡Oigan!, Vitor sí es berraco pa' tomar biche".



UN FUNCIONARIO "PANTALLERO".

Así como llegan a la comunidad indígena funcionarios dispuestos a soportar todo tipo de incomodidades y a realizar su trabajo con mucho profesionalismo, también llegan algunos en busca de una "pantallazo", es decir, hablar con la comunidad, prometer muchas cosas, luego aparecer en los periódicos y después desaparecer con promesas y todo.

Esta es la historia de uno de esos burócratas, "de cuyo nombre no quiero acordarme". Me lo encontré en la población de Santa Cecilia, en donde presidió algunas reuniones con la comunidad negra, prometiendo el oro y el moro a aquel grupo humano que le había brindado su hospitalidad y con gran esfuerzo le había preparado un recibimiento, una presentación de un grupo de danzas y todo lo que los líderes de la comunidad consideraban que podría impresionar gratamente a su huésped.

En la horas de la noche me invitó a dar una "vuelta" por el pueblo y en un momento determinado me dijo: "Doctor, la democracia es muy bonita, pero huele a feo". No me hizo ninguna gracia el comentario, de manera que para tratar de congraciarse conmigo me manifestó que estaba interesado en visitar a la comunidad indígena para escuchar sus necesidades. El sabía que al siguiente día yo tenía una reunión en una vereda del Resguardo

indígena, en donde se darían cita los Gobernadores veredales para tener una asamblea general.

Yo no me entusiasmé mucho con la idea de llevar dicho visitante a bordo y traté de pintarle el viaje, que deberíamos realizar a pié, lo más horrible que podía para que desistiera de su propóstio. El hombre, sin embargo, estaba decidido a viajar, de manera que con tanta insistencia, debí aceptar su compañía, sin pensar que en el camino, se iría a presentar una "dulce venganza".

La vereda hacia la cual nos dirijíamos estaba ubicada en una parte elevada de la montaña y el camino se encontraba en muy mal estado por las fuertes lluvias que por esa época caían por la región.

El funcionario estaba un poco excedido de kilos y a pesar de que era una persona relativamente joven, no estaba acostumbrado a largas caminadas, de manera que es fácil imaginar la dificultad que se le presentaba para movilizarse por el camino.

Yo le había advertido que los indígenas se habían comprometido a bajar un caballo para que me desplazara desde la carretera hasta la vereda, pero que no estaba tan seguro de que fueran a cumplir lo prometido, así que iniciamos el ascenso al pie.

No habían transcurrido mas de diez minutos cuando nuestro funcionario estrella decidió parar a descansar, pues su respiración era muy agitada, sudaba copiosamente y le notaba cierto "temblorcito" por todo el cuerpo. Yo esperé paciente hasta que se repuso un poco y continuamos el camino. La segunda "estación" fue obligada porque tratando de esquivar un tramo lleno

de barro, se encaramó en un barranco, con tan mala suerte que se resbaló y quedó "nadando" en el barro. El problema ahora no era de sudor o de cansancio sino de una verdadera "pataleta" como "chino" chiquito: groserías, gritos y todo lo que implica un verdadero berrinche. Yo no me reía, pero por dentro sentía un "fresco", difícil de poder describir.

Una vez que el autor del berrinche se normalizó, reemprendimos el viaje, pero en ese momento apareció el indígena que traía el caballo. A mi acompañante se le abrieron los ojos y dejó escapar una sonrisa de felicidad, al pensar que el resto del camino lo podría cubrir a lomo de caballo.

Yo le dije de inmediato al funcionario que tomara el caballo para que se montara, pero cuando lo fue a hacer, el indígena le dijo: "No, el Gobernador dijo que caballo era para Vítor". La cara de disgusto no la pudo ocultar nuestro funcionario y dejó escapar una serie de expresiones difíciles de traducir a buen español. Yo, muy obediente a la orden del indígena, me monté en el caballo e invité a mi acompañante para que tomara la cola de caballo y se ayudara en el ascenso. Llegó sin embargo un momento en que el funcionario, a quien la democracia le olía a feo -mucho más a la cola del caballo- me solicitó que me detuviera para descansar. Yo lo ví tan agotado que opté por decirle al indígena que se fuera adelante para avisar que ya estábamos en camino. Una vez que el indígena se perdió de nuestra vista, me bajé del caballo y él pudo montarse en el caballo hasta el final de la jornada. Me pareció, que en parte, había expiado sus aires de "pantallero".

Meses después me encontré al funcionario en Pereira y le dije que con gusto lo invitaba a un viaje a la zona indígena. No me respondió. Sospecho que no le gustó la propuesta.

UN REGRESO ACCIDENTADO.

Había culminado la dirección de dos cursos seguidos en Condoto, realizados los fines de semana, con un total del 8 viajes redondos entre pereira y dicha localidad. La finalización de los cursos habían coincidido con las vacaciones intersemestrales de la Unversidad Tecnológica, así que había planeado quedarme durante una semana en el Chocó, con el propósito de visitar a Andagoya, Opogodó y Nóvita Viejo.

El viaje a Nóvita lo hice un domingo, aprovechando que tres estudiantes de la Universidad se ofrecieron gentilmente a acompañarme. Las tres eran mujeres, una de ellas, conocedora de la vía y quien tenía una amiga muy cercana en Nóvita. Salimos muy de mañana en mi campero hasta el sitio conocido como San Lorenzo. Este pequeño caserío está ubicado a orillas del río Tamana¹³ y en este punto es necesario dejar el vehículo para tomar una "champa" o bote con motor fuera de borda para ir río arriba hasta llegar a Nóvita, que se encuentra también ubicado a orillas del mismo río en su margen izquierda.

Tuvimos que contratar una lancha, ya que ese día jugaba la Selección Colombia un partido en el marco del Campeonato Mundial. Colombia estaba prácticamente

¹³ Según Pinto, significa culebra equis.

eliminada, pero aún así todo el mundo estaba a la expectativa de que se produjera el milagro de siempre: que la Selección nuestra ganara por goleada. No era pues extraño que fuera difícil encontrar motoristas para las lanchas y pasajeros.

Llegamos al sitio en donde se encuentra el actual Nóvita, no sin deleitarnos con los paisajes que se pueden observar a lado y lado del río. Desde muy lejos, y antes de arribar a Nóvita se puede observar el cerro de Torrá¹⁴ sobre el cual se han tejido muchas leyendas, entre otras, la de que el cerro posee unos imanes gigantes que atraen a los aviones que vuelan cerca de él. Esta leyenda se tejió, a propósito de un accidente sufrido por un empresario norteamericano que viajaba desde Condoto y se accidentó en el Cerro con una avioneta cargada de oro, producto de la explotación de dicho mineral en el área de Andagoya.

También los indígenas tienen su propia leyenda del Torrá: hace mucho tiempo, cuando se produjo un gran diluvio, los indígenas se refugiaron en la parte alta del Cerro y se pudieron salvar. Es difícil establecer si tal leyenda es una adaptación de la versión del Diluvio Universal, dado a conocer por los misioneros católicos.

Después de arribar a Nóvita y desayunar, organizamos el viaje a Nóvita Viejo. Nos sirvió de guía un poblador de caserío, decepcionado con el papel de la Selección Colombia. Para llegar hasta el antiguo sitio en donde fue fundada en primera instancia la población es necesario ascender por un camino empinado, en muy mal estado. Revolviéndole al paseo un poco de aguardiente

¹⁴ Puede significar Alcatraz.

llegamos al sitio y principiámos a recorrerlo. Es impresionante observar cómo la vegetación se "tragó" literalmente cualquier vestigio de asentamiento en esa zona. Quedan sin embargo algunas señales de lo que fue la actividad humana en la zona: unos socavones, unos canales por donde corre agua, labrados sobre roca y unos restos de lo que fue una maquinaria utilizada para la extracción de oro.

El regreso en las horas de la tarde hasta San Lorenzo lo hicimos sin ningún tropiezo. Allí abordamos el campero y emprendimos el viaje hacia Condoto, aproximadamente a las cinco de la tarde. Habíamos comprado en Nóvita unas pequeñas panelas y en una fonda de San Lorenzo, un paquete de galletas saladas. No tenía ni idea que tendría que sobrevivir hasta el otro día, a punta de panela y galletas. En efecto, en el trayecto de San Lorenzo a Condoto, llegamos a un antiguo puente construido por una compañía gringa en la época en que ellos explotaban el oro en la región. Estos puentes por lo general tienen unas bases de rieles de carrilera y la parte superior, tablones de madera. Cuando me acercaba a uno de tantos puentes, pude observar que en dirección contraria venía un carrotanque cargado con gasolina. Me pareció elegante darle el paso, a pesar de que yo estaba más próximo al puente. De esa formalidad me arrepentiría muy pronto. El chofer del carrotanque avanzó lentamente sobre el puente y cuando se encontraba en la mitad, el vehículo principió a ladearse, así que tuvo que para el carro para evitar caer en la quebrada que pasaba por allí.

Comenzó entonces el calvario. En el vehículo venía el chofer, el ayudante y una mujer. Se bajaron e intentaron mover el carro hacia el centro lo que efectivamente

lograron y el chofer prendió el vehículo y avanzó un poco, pero nuevamente se ladeó y volvió a quedar la cosa como al principio.

Ya estaba oscureciendo cuando apareció un bus cargado de pasajeros que venía en la misma dirección del carrotanque. Los pasajeros eran en su mayoría jóvenes de San Lorenzo que andaban de paseo por Opogodó, así que venían pasados de licor. Un nuevo intento por mover el camión varado en el puente y una nueva frustración. Eran ya las siete de la noche y las alumnas principiaron a desesperarse, pensando que tendrían que amanecer en la carretera o devolvemos a San Lorenzo para pasar la noche allí. Yo por mi parte había decidido que me quedaba en el sitio de la varada porque entre otras cosas dudaba que me pudiera alcanzar la gasolina para regresar a San Lorenzo y emprender al otro día el regreso a Condoto. Las estudiantes decidieron enviar a Condoto un recado al papá de una ellas, con el fin de que les enviaran un vehículo. La razón la llevaría unos pasajeros que habían llegado en una camioneta y habían corrido la misma suerte que el bus. La camioneta se devolvió, pero no había cupo para mis acompañantes.

Eran las nueve y media de la noche cuando apareció la camioneta del padre de una de las estudiantes, se bajaron algunas personas e intentaron por tercera vez mover el carrotanque, y otro intento en vano.

Mientras tanto, los jóvenes que habían descendido del bus, pasaron el puente a pié y principiaron a rodear mi campero y la lanzar frases desobligantes para presionarme a que me devolviera hasta San Lorenzo y los llevara. Afortunadamente mis estudiantes se

pusieron al frente de la situación y lograron controlar a los alicorados pasajeros.

Creo que eran las diez de la noche cuando me despedí de mis estudiantes: ellas abordaron la camioneta rumbo a Condoto y yo, preparado para pasar una noche larga y sumamente incómoda. Los pasajeros del carrotanque se alistaron para dormir y yo hice lo propio.

Antes de intentar dormir saqué las galletas y la panela y se puede decir que envolaté la comida. Luego vino el problema con los vidrios del carro: si los cerraba, se concentraba un bochorno impresionante; pero si los abría, entonces llegaban por docenas los zancudos, y no precisamente a comer panela con galletas. Me acomodé en el asiento trasero del carro y resuelto a no dejarme picar de los zancudos, cerré los vidrios y principié a sudar como si estuviera en un sauna. Dormir propiamente, creo que no pude, a pesar del cansancio y del sueño.

Eran las cinco y media de la mañana y resolví salir del vehículo a caminar. "Desayuné" con una nueva ración de panela y galletas y me dispuse a esperar con paciencia que llegara auxilio para mover el vehículo. A las nueve de la mañana llegó un camión lleno de mineros que iban rumbo a San Lorenzo. El jefe de ellos era el esposo de una de las estudiantes, de manera que al llegar me llamó a gritos por el nombre y yo me acerqué. Se presentó y de inmediato me preguntó si quería desayunar. La pregunta sobraba. No probaba verdadera comida desde el medio día anterior. Me pasó de inmediato una especie de porta-comida con arroz, huevo, jamón y aguadepanela. Suculento desayuno que saboreé hasta el final.

La cuadrilla de mineros cortó palos, colocó gatos y después de trabajar durante un buen rato, lograron desvarar el carrotanque, se despejó la vía y pude continuar mi viaje a Condoto. Mientras se realizaba la labor de despejar el puente, tuve la oportunidad de conversar un largo rato con un anciano perteneciente a la cuadrilla de mineros. Era un antiguo minero que había trabajado con la compañía norteamericana que tenía su sede en Andagoya. Sus testimonios bien valieron la pena soportar la tremenda varada que había sufrido.

Por la cara que mostraban las personas cuando llegué a Condoto, creo que medio pueblo estaba enterado de lo que había sucedido. Es más fácil fritar un chorizo a escondidas que un hecho de estos pase inadvertido en Condoto.

UNA GRAN LECCIÓN FUERA DEL AULA.

Una de las lecciones más importantes que recibí durante mi estadía en Condoto la recibí de doña Ligia Waldo, una mujer ya madura que desde muy joven aprendió los secretos del duro trabajo de la minería artesanal. Doña Ligia vive en la actualidad en el caso urbano de Condoto y ha levantado a varias hijas, algunas de las cuales se hicieron profesionales y trabajan en Medellín.

La conocí en los primeros días que llegué a dicha localidad, debido a que su residencia está ubicada al frente el Colegio Escipión, lugar en donde inicialmente se dictaban las clases a los estudiantes de la Universidad Tecnológica, con sede en dicha población.

Tenía entonces Ligia una pequeña venta de pasteles y empanadas, que preparaba, tanto para los estudiantes del bachillerato, como para los de la Universidad. Yo principié a visitar el lugar, porque amablemente preparaba tinto para venderme, aun cuando no era un producto con mucha demanda. Lo hacía más por cortesía que por negocio. Me sentaba a saborear el tinto y a conversar con ella, largos ratos. Incluso, después de la jornada laboral, regresaba a su casa, porque es una especie de libro abierto para conocer sobre la cultura del negro chocoano. Yo le hacía una y otra pregunta que

ella contestaba con paciencia y posteriormente, al llegar a la residencia en donde nos alojábamos, consignaba los datos más importantes, para una investigación que estaba realizando sobre el ciclo vital chocoano.

En algunas ocasiones, cuando llegaba en las horas de la tarde, no la encontraba, pues me decían que estaba en la mina, trabajo que a pesar de sus años, seguía realizando.

Un día llegué a su casa y me senté, como de costumbre, a charlar con ella. Le pregunté por qué no había ido a la mina, pero me respondió que no se había sentido bien y había optado por quedarse en su casa. La mayoría de las veces el tema de conversación que yo le proponía estaba relacionado con la minería: los sitios, las técnicas, los agujeros, etc. Esa tarde, cuando le hice alguna pregunta sobre el mismo tema, me dijo:

-“¿Usted quiere ver cómo es que una lava el oro?”

- “Claro que sí”, le respondí de inmediato.

Me invitó entonces a seguir hasta la parte posterior de la casa en donde se encuentra un amplio patio. Tomó entonces una batea grande de las que se utilizan para el “mazamoreo” o “baharequeo”, la llenó de arena y pequeñas piedras que recogió del suelo por medio de un almocafre y luego principió a echarle agua y a revolver con gran pericia. Yo estaba emocionado porque a pesar de haber visto desde lejos dicha operación, en este caso se trataba de observar muy de cerca y al mismo tiempo recibir todas las explicaciones pertinentes.

Llegó un momento en que en la batea solo quedó una arenilla negra muy fina, y enseguida le dió un golpe seco por un borde, de manera que en la batea se podía observar una capa blanca en la parte superior, otra roja

en la mitad y por último, la arena negra o jagua. ¡Yo no salía de mi asombro cuando ella me explicó que la arena blanca era platino y la amarilla, oro!. Hasta ese momento estaba convencido que ella me iba a hacer una demostración sobre la manera como se realizaba el "lavado", pero lejos estaba de esperar que en el patio de su casa pudiera existir platino y oro.

Le hice luego la pregunta, que para mí era obvia: Si usted tiene en el patio de su casa oro y platino, ¿por qué no se dedica durante el día a extraer dichos metales?. He aquí la respuesta:

- "Mire profe, yo he levantado a mis hijas vendiendo pasteles y empanadas y de vez en cuando voy a la mina, pero yo lavo metal en mi casa, cuando la situación se pone dura o necesito alguna platica urgente". Con esa respuesta pude entender que la avaricia y el deseo de enriquecimiento rápido no tiene sentido para el hombre común del Chocó. Sabe que tiene un recurso en el subsuelo, que nadie se lo va a llevar, y toma la cantidad justa que necesita para sobrevivir.

La actitud anterior se puede contrastar con la que adoptó un amigo mío cuando, al llegar a Pereira, le comenté la experiencia que había tenido con Ligia. De inmediato me dijo:

-Oiga hombre, será que esa señora no nos vende la casa para tumbarla y meterle una retroexcavadora?.



